

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EN LA MENTE DE UN ESPÍA

Lou Carrigan



A decir verdad, Clifford London se sentía bastante fastidiada. Desde hacía nueve días estaba vigilando, siguiendo al mismo hombre, y esta «actividad» estaba destrozando sus nervios. Y no por el peligro que eso significaba, sino por todo lo contrario; por el aburrimiento total que ello implicaba.

Esto era lo malo de tener fama de imperturbable.

Cuando llegó el momento de poner bajo vigilancia directa a aquel tipo llamado David Lippold, no hubo la menor duda.

—Que Cliff se encargue de él —dijeron.

—¿Cliff? —protestó otra persona—. No es el hombre adecuado para ese trabajo.



Lou Carrigan

En la mente de un espía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1440

ePub r1.0

Lds 03.11.18

Título original: *En la mente de un espía*

Lou Carrigan, 1978

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

A decir verdad, Clifford London se sentía bastante fastidiada. Desde hacía nueve días estaba vigilando, siguiendo al mismo hombre, y esta «actividad» estaba destrozando sus nervios. Y no por el peligro que eso significaba, sino por todo lo contrario; por el aburrimiento total que ello implicaba.

Esto era lo malo de tener fama de imperturbable.

Cuando llegó el momento de poner bajo vigilancia directa a aquel tipo llamado David Lippold, no hubo la menor duda.

—Que Cliff se encargue de él —dijeron.

—¿Cliff? —protestó otra persona—. No es el hombre adecuado para ese trabajo.

—¿Por qué no? Es inteligente, tiene nervios de acero, muy buena vista, y un gran sentido de la oportunidad.

El tal Lippold parece que es una pieza muy importante del espionaje enemigo en Washington, de modo que vamos a dejar que se mueva de un lado a otro... pero llevando siempre detrás a un león como Cliff London.

Cuando llegue el momento, nadie mejor que Cliff para lanzar el zarpazo.

—Eso es indiscutible. Pero conozco bien a Cliff: si no pasa algo pronto, se aburrirá. Es un agente de acción. Ponerlo detrás de un agente enemigo tan astuto y calmoso como parece ser David Lippold, va a ser igual que poner a un león detrás de una cebra coja... pero prohibiéndole que le cace.

—Exageraciones... London hará bien el trabajo que se le encomiende, sea cual sea. —Hay otros agentes más adecuados, de menos temperamento, que pueden encargarse de vigilar a Lippold.

—No. Es decir, quizá sí... Pero quiero que sea London quien lo

haga. Será una buena prueba más para sus nervios bien templados, y, si algo ocurre en cualquier momento, tendremos la seguridad de que el asunto está en buenas manos.

—Sí, eso sí, desde luego, pero...

—No hay más que hablar. Clifford London queda destinado a la misión de vigilar a esa pieza llamada David Lippold. Es todo.

Después de esta conversación entre dos personajes importantes del FBI ya no hubo más que hablar. Cliff London recibió la orden de dedicarse exclusivamente a la vigilancia de aquel hombre que se hacía llamar David Lippold. Nombre falso, evidentemente, que encubría a un agente enemigo del cual se venía sospechando hacía semanas. El punto de partida había sido el descubrimiento de que su personalidad era falsa... Después de eso, Lippold había quedado bajo las redes del FBI. Con amplio margen de movimientos, eso sí, porque es sabido que un pez siempre busca la bandada. Entonces, sólo había que dejar que Lippold buscara su propia bandada, y, como era habitual en la táctica del FBI apretar las redes en ese momento. Así, en lugar de un pez, se atrapaban muchísimos... Cierto. Indiscutible. Pero, hasta el momento, el aburrimiento era tal que Cliff London había estado tentado en más de una ocasión de abandonar la vigilancia, ir al teatro, por ejemplo, y reanudarla al día siguiente, con el convencimiento de que nada importante había sucedido. Lo cual probablemente habría hecho si no hubiera sido un agente especial del FBI. Ahí estaba el quid de la cuestión. Ser o no ser... Si era un agente del FBI tenía que serlo en todo momento... aunque le costase poco menos que morir de aburrimiento.

Por eso, después de nueve días, el agente especial London no se hizo la menor ilusión cuando su presa, el muy moderado señor Lippold, acudió en su coche al Potomac Park, al cual entró abandonando Ohio Drive, por la cual parecía haber estado paseando contemplando el río Potomac.

Bah... Tenía que ser un simple paseo. Sin duda.

Desde su coche, vio cómo se detenía el de David Lippold. También detuvo su auto, recurrió, a los gemelos de que iba provisto para no tener que acercarse demasiado a la presa suelta, y lo enfocó. Vio a David Lippold apearse, encender un cigarrillo, y mirar a todos lados, con el aspecto de quien se siente más que satisfechísimo de la vida. Era un fantástico atardecer de un

sensacional día de primavera, y las orillas del Potomac se veían adornadas deliciosamente por los cerezos en flor... Así de romántico.

David Lippold se acercó a uno de los pequeños estanques del Potomac Park, y se quedó contemplando las aguas, sin saber que su figura estaba circunscrita en los dos círculos de los prismáticos. Durante un par de minutos, estuvo junto al estanque, fumando, inmóvil...

—Voy a pedir el relevo —masculó London, bajando un instante los prismáticos—. Maldita sea, voy a pedir el relevo, y si no me lo dan, dimitiré. O eso, o acabaré con los nervios hechos trizas antes de que pase otra semana. Este tipo de trabajo no es para mí.

Volvió a mirar con los prismáticos, y respingó al no ver a Lippold junto al estanque. Los movió rápidamente, hasta cazarlo de nuevo en el doble círculo óptico de acercamiento. David Lippold caminaba lentamente hacia un bonito parterre llenó de setos y de almendros en flor. En pocos segundos, precisamente, desaparecería tras aquellos setos, con los que el agente del FBI dejaría de tenerlo bajo su vigilancia directa.

—Ni hablar de eso —masculó el *gun-man*.

Dejó los prismáticos en el asiento, salió del coche, y se fue detrás de Lippold, a pie, apretando el paso, porque su presa iba a desaparecer muy pronto tras los setos y arbustos de aquel recodo de jardines. Cuando lo hizo, London casi echó a correr. Pero, al doblar aquel grupo de setos, volvió a ver de nuevo a Lippold, y retuvo el paso. De buena gana se habría acercado a él, le habría echado la mano al pescuezo y le habría dicho:

—Amigo, usted está dedicado a actividades que no gustan al FBI. De modo que va a venirse conmigo, le vamos a hacer unas cuantas preguntas, y las va a contestar todas.

La idea no era mala. Sólo que, a veces, los tipos de aspecto inofensivo como el tal Lippold, resultaban luego unos huesos muy duros de roer, y no soltaban prenda ni retorciéndoles la nariz. Y cuando, al fin, inevitablemente, lo hacían, los demás peces de la bandada habían desaparecido. Eso era lo malo de la acción directa, en ocasiones...

Durante más de diez minutos, el agente secreto enemigo y el

hombre del FBI estuvieron paseando por Potomac Park, separados por la distancia que el segundo juzgó prudente e inteligente. Y así, en ese espacio de tiempo, llegó la noche. Primero, el cielo se llenó de color rojo. Luego, pareció que las blancas flores de los almendros adquirieran un tono rosado maravilloso, que fue oscureciéndose, mientras las estrellas iban apareciendo rápidamente en el cielo... Cuando Cliff London vino a darse cuenta, era ya de noche, y su «amigo» David Lippold seguía paseando sosegadamente por el parque.

Hasta que, de pronto, Lippold comenzó a mirar a todos lados. Apenas comenzó a mover la cabeza, su seguidor se apresuró a esconderse detrás de unos setos, si bien continuó atisbando por entre ellos. Vio a Lippold acabar su inspección visual, caminar unos pasos más, y meterse entre unas matas.

Inmediatamente, el agente del FBI se dirigió hacia allí, poco menos que corriendo, emocionado ante la idea de que, por fin, podría cazar la cebra coja y descansar en paz. O trabajar en paz, que tampoco estaba nada mal.

Llegó al lugar donde había desaparecido Lippold, y, sin vacilar, se adentró en el césped. Cuando llegó junto a los arbustos, todavía se movían éstos después de haber pasado Lippold entre ellos. Quedó un instante agazapado, atento el oído, pero no pudo oír nada... hasta dos o tres segundos más tarde. Y lo que oyó entonces le puso el vello de punta. Fue un quejido ronco, tembloroso, que le recordó el sonido mal conseguido en un trombón... Una tontería, pero así fue.

El agente del FBI sacó su pistola, y saltó por entre las matas, hasta el centro de aquel pequeño reducto oloroso... Aún estaba en movimiento, en precario equilibrio, cuando una sombra cayó sobre él. Recibió de lleno el impacto de un cuerpo humano, que le hizo perder aún más el equilibrio. Por un instante, gracias a la luz eléctrica que en diminutas manchas llegaba hasta allí a través de los arbustos, vio ante él el rostro de David Lippold, sus abiertos ojos, el gesto crispado...

La reacción del

gun-man

fue inevitablemente instintiva, aunque sin perder en ningún momento el control de su misión, que consistía, básicamente, en

conservar vivo a David Lippold. Por eso, si bien rechazó lo que parecía un ataque, no lo hizo disparando a matar, sino utilizando la pistola para golpear; con la mano izquierda, apartó a Lippold y con la pistola en la derecha, le golpeó en la frente, tirándolo hacia atrás.

Al mismo tiempo que hacía esto, y que veía caer a Lippold de un modo extraño, más como si se derrumbara a sus pies que si saliera proyectado hacia atrás, debido al golpe, London vislumbró, a su izquierda un nuevo movimiento, la presencia de alguien, aquel destello intensamente brillante...

Sin saber por qué, movió su brazo izquierdo hacia allí y lanzó un aullido incontenible cuando la afilada hoja de acero pasó cortando ropa y carne, de abajo arriba, en un golpe terrible... Mientras un par de gotitas de sangre propia saltaban al rostro del agente del FBI éste no pudo evitar pensar, en una milésima de segundo, que si no hubiese movido el brazo, aquel cuchillo se habría hundido mortalmente en su abdomen, en una especie de espantoso hará-kiri.

Y quizá fue este velocísimo pensamiento el que originó su determinación de matar al inesperado adversario. Movié la pistola intentando encararla hacia el nuevo personaje pero recibió un golpe en el antebrazo, y el arma saltó por el aire, hacia los arbustos. Inmediatamente, el

gun-man

recibía un feroz puntapié en una ingle, que lo tiró de espaldas sobre la fresca hierba. Pareció que sus riñones fuesen a desprenderse, y, toda su cabeza vibró en el duro encontronazo, provocando la aparición en su interior de cientos de diminutas luces... que se reflejaron, como en una película de locura, en la brillante hoja del cuchillo, que se veía muy alta.

De nuevo por instinto, el agente del FBI rodó hacia un lado... Al mismo tiempo, se oía un seco y breve silbido, y el cuchillo quedó clavado en la tierra, con sordo choque, donde un instante antes había estado la garganta del federal.

De nuevo con los pelos de punta, Cliff London comenzó a ponerse en pie, en una actitud eminentemente defensiva... Vio al hombre abalanzarse hacia él, emitiendo un extraño grito de ataque, y al mismo tiempo que la palabra *karate* parecía iluminarse en su cerebro, su estómago pagó las consecuencias, recibiendo el

formidable puntapié de lleno. Lanzó un grito, se encogió, rodó hacia atrás como envuelto en náuseas, y quedó de rodillas.

Era como si la negrura de la noche se hubiera hecho aún más intensa. La cabeza le daba vueltas, y el estómago parecía haberse colocado al revés. De nuevo aquella sombra se cernió ante él, y presintió el siguiente golpe; era extraña aquella facultad de su cerebro de continuar funcionando lúcidamente a pesar del castigo: supo que el siguiente puntapié iría dirigido a su garganta. Un golpe, que si también le acertaba de lleno le mataría. Le destrozaría la tráquea, posiblemente le reventaría una yugular, y hasta quizá, alguna vértebra del cuello. Alzó ambas manos, notó el violentísimo choque del pie contra ellas, lo asió, y tiró hacia arriba.

El grito de sorpresa fue como un aire de victoria para el hombre del FBI. Acabó de ponerse en pie, vio al hombre tendido a su pies, y, sin vaciar, le lanzó a su vez un golpe de karate, hacia el hígado... El hombre lanzó un aullido espantoso, y pareció saltar como lanzado por una catapulta. Concencido de la eficacia de su golpe, el

gun-man

fue tambaleándose hacia donde había quedado clavado el cuchillo. Se inclinó, asió la empuñadura... y notó la presencia a su lado. Mientras se volvía, comprendiendo que su enemigo era durísimo, éste lanzaba otro de sus ataques: un brutal, puntapié que alcanzó de abajo arriba al agente otra vez en el estómago, haciéndole saltar, aullando, como antes el desconocido.

Pero otra vez quedó de rodillas el agente del FBI blandiendo el cuchillo. Vio ante él, muy borrosa, la silueta del otro, muy abiertas las piernas, extendidos los brazos. El *gunman* alzó más el cuchillo y, de pronto, el otro dio media vuelta, y desapareció por entre los arbustos.

London se puso en pie, dispuesto a seguirlo. Se fue tras él, pero tambaleándose tanto que se dio de bruces contra un almendro, rebotó, y cayó sentado. Sentía su cabeza como si fuese el más bonito e iluminado tiiovivo de una feria, pero se puso otra vez en pie, apartó las matas, y salió en pos del desconocido. Se encontró de pronto en una parte de césped completamente despejada de árboles y arbustos. Por delante de él, como a quince yardas, vio al hombre, corriendo, alejándose. Cliff London empezó también a correr, pero, cuando vino a darse cuenta, estaba caído de bruces sobre la hierba,

y de nuevo su cabeza parecía un alegre y luminoso tiovivo.

—Maldito seas —jadeó—. ¡Tienes que atrapar a ese tipo!

De nuevo en pie. Consiguió echar a correr detrás del hombre, dándose cuenta de que iba de un lado a otro, describiendo esos en el blando césped. Cuando salió de éste y pisó el terreno más duro y firme del sendero, su estómago pareció dar unos cuantos saltos, y London cayó de rodillas. Otra vez en pie. El desconocido corría ahora a más de treinta yardas, directo hacia un coche, sin lugar a dudas.

Desesperado y furioso, el

gun-man

lo vio entrar en el auto, oyó el ruido del motor al ser puesto en marcha, y, de pronto, el coche pareció saltar, alejándose de allí. Pasó bajo una de las altas farolas de iluminación del parque, y eso hizo destacar su color claro, y, enseguida, la mirada del federal fue hacia la matrícula.

Un instante después, el coche de tono claro desaparecía hacia el fondo del parque en dirección opuesta a la orilla del Potomac River.

Cliff London se detuvo, jadeante; decepcionado, humillado y furioso, estuvo unos segundos en aquel lugar, mirando hacia donde había desaparecido el coche. Luego, regresó rápidamente hacia los arbustos donde se había desarrollado la inesperada pelea... en la que no había llevado precisamente la mejor parte.

Poco después, se arrodillaba junto a David Lippold y le daba la vuelta. Se quedó mirando la mancha oscura que brillaba en su abdomen, gracias a las manchitas de luz que llegaban hasta allí. Lippold tenía todavía, en efecto, los ojos abiertos, pero eso de nada le servía, pues no podía ver nada de este mundo.

El

gun-man

lo soltó, rudamente, y quedó arrodillado, pensativo, unos segundos. Luego, se metió entre las matas, buscando su pistola, que encontró enseguida. La metió en la funda axilar con seco gesto, y salió de entre los arbustos, en dirección adonde había dejado su coche. Al pasar junto al estanque, se inclinó sobre el borde y metió la cabeza en el agua, con lo que consiguió despejarse definitivamente, a costa de un «brrrr...» furioso y estremecido.

Llegó enseguida a su coche, se sentó ante el volante y descolgó

el auricular del radioteléfono, mientras el agua goteaba desde su cabeza, mojando su traje, los asientos, el piso del coche, el auricular, el volante...

—Con el inspector Hadaway —gruñó—. Inmediatamente.

CAPÍTULO II

Clarence Hadaway, inspector especial del FBI afecto únicamente a las órdenes directas de John Edgar Hoover, asintió con la cabeza, metió el cigarrillo a medio consumir en el cenicero del coche, y dijo:

—Está bien, Cliff.

—¿Está bien? —murmuró London—. Lo hice fatal, señor. Llevaba nueve días detrás de ese hombre, y cuando entra en contacto con alguien, ese alguien por poco me mata... Y nos quita de la circulación a Lippold.

—No te preocupes demasiado.

Cliff London parpadeó.

—Es usted muy generoso conmigo, señor —refunfuñó—. Mucho más generoso que yo mismo.

—Todos cometemos pequeños fallos alguna vez.

—A usted no se le habría escapado ese tipo del karate.

—Seguramente, no —sonrió Clarence—. Pero yo soy un zorro mucho más viejo que tú. No en edad, pero sí en experiencia. Llevo trece años en el FBI, y de ellos, doce dedicado especialmente al espionaje.

—Yo no soy ningún alfeñique —volvió a refunfuñar London—. Debí vencer a ese tipo, por mucho karate que supiera. También yo sé karate así que...

—Tómate las cosas con humildad, y todo te irá mucho mejor. Espero que esto te haya servido de lección, al menos. En cierto modo, me alegra este pequeño fracaso tuyo.

—¿De veras? —exclamó London.

—De veras. Ha sido como un aprendizaje más... ¿O no?

Cliff London recapacitó un par de segundos sobre esta teoría de

Clarence Hadaway. Por fin, asintió con la cabeza, sonriendo secamente.

—Sí, señor. Jamás volveré a aburrirme cuando esté vigilando a un hombre.

—Magnífico. Ahora, será mejor que volvamos al departamento, para que te atiendan definitivamente el brazo.

—No es nada. Sólo un corte.

—Sé que no es nada. Pero habrá que limpiar bien la herida, y vendarla. Luego, si te sientes bien, tú y yo haremos una visita al apartamento de Lippold. Pero si prefieres descansar.

—Descansar... ¿de qué? —masculló London.

—Yo diría que de nada, pero no sabía lo que pensabas tú... ¿Recuerdas bien el número de la matrícula del auto?

—Eso sí. Un «Olimpia» de color claro, del año pasado... Pero no recuerdo la matrícula completa... Me faltan los dos últimos números.

—Será suficiente. Eso limitará la búsqueda a noventa y nueve vehículos, entre los cuales habrán pocos «Olimpia»; y de esos pocos «Olimpia», es de suponer que solamente habrá uno de tono claro. Dos, como máximo. Lo encontraremos muy pronto. Mañana temprano sabremos ya a quién hay que detener.

—Ojalá.

—No lo dudes. Se me está ocurriendo algo que nos permitirá ganar tiempo: ¿por qué no vamos a que te cure el brazo uno de los enfermeros de la ambulancia? O el propio doctor, si ha terminado su examen.

—Buena idea, señor.

Salieron ambos del auto, y London fue hacia la ambulancia, que estaba cerca de los arbustos. Hadaway penetró entre los arbustos, que ahora estaban muy iluminados por luces traídas por el equipo de Huellas del FBI. Entre los arbustos había también la luz suficiente para que el médico de la Morgue pudiera examinar el cadáver, cosa que no tenía ninguna complicación, por cierto. Al ver a Hadaway se incorporó, y encogió los hombros.

—Le dieron tres cuchilladas en el vientre —dijo—. Murió prácticamente en el acto. No creo que existan otras causas, pero puedo practicar la autopsia, por supuesto. Quiero decir que puedo hacerla con urgencia, o al ritmo habitual. ¿Qué dice usted?

—Proceda normalmente. Sabemos muy bien cómo y cuándo murió este hombre, doctor. Gracias por sus servicios. Ah... Uno de mis hombres tiene un corte en un antebrazo. ¿Podrían atenderlo aquí mismo?

—Lo haré con gusto. Ya me avisará cuando podamos llevarnos el cadáver.

—Concédame unos minutos más.

El médico salió de entre los arbustos, y Clarence miró a sus hombres, que sostenían linternas.

—¿Hay posibilidades? —preguntó.

—Yo diría que ninguna, señor —contestó uno de los agentes—. No aquí, al menos, sobre la hierba. Veremos si conseguimos algún molde en el sendero, por donde nos ha explicado London que se fue el asesino. Respecto a la navaja, el propio Cliff borró toda posible huella en el mango... Suponiendo que el sujeto aquel no llevara guantes. De todos modos, lo intentaremos.

—Bien. Seguid con vuestro trabajo. Diré que ya se pueden llevar el cadáver. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Adelante, pues. Rand, Fred: venid conmigo.

Seguido por los agentes Fred Manship y Randolph Brutton, el inspector especial se encaminó hacia la ambulancia, junto a la cual, el médico estaba atendiendo la herida de London. Hadaway indicó a los camilleros que ya podían cargar el cadáver, y esperó a que London tuviera vendado el brazo.

—¿Te sientes bien? —se interesó.

—Desde luego, señor. Una vez me corté más sacando punta a un lápiz con una hoja de afeitar de mi padre.

Clarence sonrió. Se despidió del personal de la ambulancia, dejó a un agente encargarlo de los últimos detalles sobre la búsqueda de huellas, concretamente pisadas, única cosa a la que, al parecer, podían aspirar, y señaló hacia el coche que había estado utilizando London.

—Tú, Rand, vas a encargarte de buscar el coche cuya matrícula nos ha facilitado Cliff.

¿La recuerdas?

—Sí señor. Recuerdo toda la descripción del coche, además.

—Pues ponte a trabajar en eso. Puedes empezar ahora mismo.

Rand Brutton se tocó la frente con dos dedos, en jovial saludo, y se fue hacia el coche. Clarence señaló hacia el suyo, y segundos después estaba ante el volante, con London a su lado y Manship en el asiento de atrás.

—Hace nueve días que estábamos vigilando a Lippold —murmuró— de modo que podemos suponer que él no tenía nada interesante que decir a nadie. Sin embargo, fue citado en este parque de algún modo que no pudimos controlar, o bien, esa cita era periódica, ya establecida, de modo que no precisaba avisos para venir aquí tal día a tal hora. Ahora, vamos a preguntarnos: ¿para qué vino Lippold aquí?

—Si él no tenía nada interesante que decir, cabe suponer que vino a buscar instrucciones —murmuró Manship, desde atrás.

—No —negó London—. No creo eso, Fred. Si actuaban tan periódicamente, Lippold no precisaba instrucciones. Debía saber muy bien lo que tenía que hacer cada día, cada semana, cada momento.

—Entonces... ¿para qué vino aquí?

—Quizá a recoger algo —murmuró London, mirando a Clarence. Éste asintió con la cabeza.

—Ésa es mi teoría. Entonces, si Lippold vino a buscar algo, quiere decir que es un intermediario, ya que por sí mismo, no hacía nada que pudiera llamarse «acción». Entonces tenía que recoger algo, para entregárselo a otra persona. Ahora bien, el hombre que tenía que entregarle algo a Lippold, se dio cuenta de que Cliff lo estaba siguiendo. De ahí, a comprender que Lippold estaba «quemado», fue muy fácil. Entonces con todo riesgo acudió al lugar de la cita, y, en lugar de entregarle a Lippold lo que fuese, lo mató, con la intención de cortarnos la pista... ¿Alguna objeción?

—No, señor.

—Ahora, el asesino de Lippold sabe que éste se hallaba bajo vigilancia. Y puede hacer dos cosas. Una: nada, si no conoce a nadie más del grupo al que pertenecía Lippold. Dos: avisar al resto del grupo de lo ocurrido. Si no hace nada, porque no conoce a nadie más, será magnífico para nosotros. Si avisa al resto del grupo, tendremos que depender exclusivamente de la pista que significaba el coche del asesino. Pero, mientras Rand busca ese coche, nosotros tenemos que hacer algo. ¿Cliff?

—Podríamos ir al apartamento de David Lippold —murmuró el agente del FBI—. Si su asesino no conoce a nadie más, o no tiene medios de avisar lo ocurrido, alguien irá al apartamento, o llamará, para interesarse por Lippold... Y quizá podamos atrapar a alguien más, señor.

—Exacto —asintió Hadaway—. Y si va allá, convendría que viese el coche de Lippold ¿no es así?

—Yo puedo... —empezó Manship.

—No. Yo haré esa parte —cortó Hadaway—. Vosotros iréis en este coche, y vigilaréis desde la calle. Y esta vez, Cliff, espero que no te aburras.

—No señor —rezongó London.

Clarence Hadaway salió de su coche, y los dos agentes le vieron dirigirse hacia donde estaba el de David Lippold. Poco después, el inspector especial del FBI pasaba junto a ellos, al volante del otro auto. Y Cliff London, que estaba al volante del de Hadaway, partió detrás.

CAPÍTULO III

Hacia las doce y media de la noche, un suave zumbido se oyó en el bolsillo, interior de la chaqueta del inspector especial, que sacó inmediatamente la pequeña radio y admitió la llamada.

—¿Sí? —musitó.

—London, señor. Una mujer acaba de entrar en el edificio. Es joven y muy bonita, según parece. Pasó antes por esta calle, mirando hacia el edificio, y seguramente al coche de Lippold. Bueno, eso pensamos Fred y yo, pero como siguió su camino... Ahora ha vuelto, ha dejado el coche cerca del de Lippold, y ha entrado en el edificio.

—¿Queda alguien en el coche de ella? —susurró Hadaway.

—No, señor. Va sola.

—Estad atentos.

Cerró la radio, la guardó, y se puso en pie, acercándose a la puerta del apartamento, fue a registrarlo, sin encontrar nada de interés, cosa que ya se sabía, pues durante las ausencias de Lippold, una pareja de agentes había estado allí, removiéndolo todo con gran habilidad. Luego, cortó el hilo del teléfono, con lo que obligaba a cualquiera que quisiera comunicarse con Lippold a acercarse a éste, es decir, a su apartamento. Y con el coche de Lippold en la calle, el supuesto visitante tenía que pensar que, si bien algo le ocurría a Lippold él estaba en su apartamento. Hadaway llevaba allí más de tres horas, sentado inmóvil en un sillón, sólo moviéndose de cuando en cuando para echar un vistazo por las ventanas.

El suavísimo ritmo de unos tacones le alertó. A los pocos segundos, oía con claridad los pasos en el corredor afuera. Si aquella mujer pasaba de largo, tendrían que seguir esperando... Pero no. Los pasos se detuvieron delante de la puerta. Durante un

par de segundos, el silencio fue completo. De pronto, los golpes cautelosos resonaron en la madera.

Hadaway retrocedió silenciosamente. Luego, se acercó a la puerta, arrastrando un poco los pies. Sin encender la luz, acercó la boca a la mirilla, aunque sin abrirla.

—¿Quién es? —masculló, con voz indefinible.

La voz femenina sonó también junto a la puerta, en un susurro:

—Soy Rosana. Abre.

Hadaway sonrió secamente. Abrió la puerta, permaneciendo tras ella. La mujer entró rápidamente, Hadaway cerró, y mientras ella empezaba a hablar, acercó su mano al interruptor.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella—. Tenías que haber llevado el microf...

La luz se encendió. La mujer lanzó un respingo, ya que, pese a quedar deslumbrada y tener que entornar los ojos, había comprobado que el hombre que tenía ante ella no era David Lippold. No se le parecía en nada absolutamente: era mucho más alto, atlético, de cabellos color cobre, ojos negros, mentón agresivo, rostro sonrosado... Un ejemplar masculino que dejaba ciertamente en ridículo a Lippold. Y con aquellas pocas canas, en las sienes, el desconocido resultaba sencillamente fantástico.

Un fantástico ejemplar humano, que no podía tener más de treinta y seis o treinta y ocho años, y que la miraba fijamente, con un gesto duro en su boca fina, firme.

—¿Quién es usted? —Se estremeció Rosana.

—Un amigo de David —replicó Hadaway—. El no vendrá: lo han matado.

—¿Lo han matado? —Palideció ella—. ¿Quién?

—El hombre que tenía que entregarle el microfilme, sin duda.

Ella parecía muy desconcertada. Se iba acostumbrando a la luz, con rápidos parpadeos.

—¿Está loco? —murmuró al fin la joven Rosana—. Eso que dice es imposible.

—Quizá. Pero algo pasó. Yo iba con David, en el coche. Estuvimos en Potomac Park, y él me dejó en el coche y se fue a recoger el microfilme, según me dijo. Yo estaba muy impaciente cuando llegó una ambulancia, y coches con hombres dentro... Posiblemente, de la CIA. Conozco bien el paño... Me acerqué a

donde estaba la ambulancia, y pude ver como metían en ella un cadáver. Estoy seguro de que era David. Así que volví aquí... Me encontré el hilo del teléfono cortado, y decidí esperar.

—Esperar... ¿qué cosa?

—No lo sé. Conocí hace tres años a David, y ayer volví a encontrarlo aquí, en Washington. Me dijo que podía conseguirme trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

Clarence Hadaway entornó los ojos, y sonrió fríamente.

—Espionaje —masculló—. ¿Qué otra cosa? Eso es lo mío.

La muchacha se pasó la lengua por los labios. Se apartó de Hadaway, lentamente, y se dio una vuelta por el apartamento, seguida por el

gun-man

. De nuevo en el pequeño *living-hall*, ella se volvió a mirarlo con gran atención.

—¿Por qué dice que lo suyo es el espionaje?

—Porque fui espía... hasta que ocurrió algo que me hizo poco grato en el Directorio.

—¿En qué Directorio?

—En el de la MVD rusa —esbozó una dura mueca Hadaway.

—¿Es usted ruso?

—Por supuesto —frunció el ceño—. ¿Qué le pasa, joven? Sólo he intentado obtener un trabajo, y me han matado a David. Así que si no puede seguir la cosa adelante, me marchó y en paz. Allá usted y sus problemas.

—¿Está fichado en los Estados Unidos? —preguntó ella de pronto en ruso.

—No —replicó él, hablando también en ruso con toda naturalidad—. Hace poco que he llegado, así que... Oiga: ¿está comprobando si soy ruso?

—Es posible que esté haciendo eso —sonrió ella.

—Pues es una manera como otra de perder el tiempo —siguió hablando en ruso Hadaway—. Pero su tiempo es suyo. Le diré una cosa: David y yo éramos buenos amigos. Me gustaría saber quién era el hombre que lo mató... Es decir el que tenía que entregarle el microfilme... ¿Lo sabe usted?

—Es posible.

—Usted no es rusa... Lo habla bien, pero no es rusa... Yo diría que es... italiana. ¿Sí?

—Exactamente.

—Ajá... Bien, ¿qué hacemos? ¿Le intereso, o nos separamos como si nada hubiese ocurrido?

—No sé... No depende de mí. Tendré que consultarlo.

—Me parece razonable. Mientras tanto, podría decirme quién ha eliminado a David, para hacerle una visita... de cortesía.

—¿Lleva usted armas? —Pareció reprochar ella.

—¿Cree que estoy loco de verdad? —masculló él—. ¡Claro que no!

—Quizá podamos... contratarlo.

—Espléndido. No se puede decir que me sobra dinero, en estos últimos tiempos. ¿Nos vamos... o pasamos la noche aquí?

—Nos vamos, —sonrió ella—. Espere. Hay que recoger algo que pertenecía a David. Ayúdeme.

Se dirigió hacia el dormitorio, y Hadaway la siguió prestamente. Ella abrió el armario, apartó las ropas de David Lippold, y se quedó mirando el fondo, fruncido el ceño.

—El tiene ahí algunas pequeñas cosas que deberemos llevarnos, pero no se cómo lo abre. Si tuviéramos un cuchillo... Iré a buscarlo a la cocina.

—Bien.

Rosana fue hacia la cocina, y Clarence se colocó en la puerta del dormitorio. Oyó el característico ruido de cubiertos, y al poco apareció la muchacha, llevando un gran cuchillo de cocina en la mano derecha. El inspector especial del FBI entornó los ojos ligeramente, y subió la mano derecha hacia la corbata; desde allí hasta la axila había tan poca distancia que si la hermosa joven intentaba algo se iba a llevar una sorpresa. Pero no. Ella llegó ante él, le tendió el cuchillo, y dijo:

—Será mejor que nos demos prisa. Vea si puede desclavar el fondo del armario.

—Eso está hecho —aseguró Clarence.

Se colocaron ambos ante el mueble, Clarence apartó más las ropas, y se fijó en la gran plancha de madera del fondo. No parecía fácil conseguir aquello con un simple cuchillo, y más sin mover el armario. Podía moverlo, claro, y entonces, todo sería más fácil...

Oyó tras él el suspiro de Rosana. Un suspiro especial, un chorro de aire expulsado por la nariz con fuerza, como cuando alguien realiza un esfuerzo contenido, emocionado profundamente. En una fracción de segundo, supo lo que era, y metido parcialmente en el armario, hizo lo que menos podía esperar la hermosa Rosana: en lugar de intentar esquivar el golpe que se le dirigía, se echó hacia atrás, inclinado hacia delante, acudiendo al encuentro del golpe... Con lo que, la mano armada con un cuchillo de cocina pasó por encima de su hombro derecho, el antebrazo de Rosana golpeó allí, y el cuchillo casi escapó de sus dedos. Pudo sujetarlo, y se retiró vivamente, mientras el

gun-man

se volvía. No le dio tiempo a nada más. De un zarpazo, asió la muñeca de Rosana, con una firmeza que hizo crujir sus huesos.

Ella le miraba con los ojos muy abiertos, brillando de odio, reflejado igualmente en la mueca de su dulce boquita. Intentó soltarse de un tirón, pero eso era imposible.

—Quieta, fiera —deslizó Hadaway—. Has hecho lo que has podido, pero ya no insistas, o...

Rosana lanzó una exclamación de rabia, y su mano izquierda fue hacia la derecha sujeta por Clarence. Asió el cuchillo, y cuando se disponía a lanzar una nueva cuchillada contra el inspector especial del FBI éste le lanzó un golpe al estómago, sin contemplaciones. Rosana emitió un ronco gemido, y palideció, encogiéndose... Clarence le quitó el cuchillo, la empujó, y la dejó sentada en el silloncito del dormitorio. El se sentó en el borde de la cama, tras colocarse cuidadosamente los dos cuchillos en el bolsillo superior de la chaqueta. Sacó la radio, llamó, y dijo:

—Subid.

Guardó la radio, y se quedó mirando a Rosana, todavía pálida y sin respiración.

—Habría sido demasiado fácil engañarte —dijo Clarence—. Pero por un momento, creí que lo había conseguido. Muy bueno tu truco de coger dos cuchillos en la cocina, Rosana, pero ahora las cosas se te van a poner muy difíciles. ¿Estás de acuerdo en eso?

Ella pudo al fin alzar la cabeza, y le miró. Había recuperado el color y empezaba a respirar con cierta normalidad. El puñetazo, si bien contenido había sido terrible para ella, si Hadaway hubiera

golpeado con toda su fuerza, prácticamente podía haberla partido en dos.

—David Lippold era un intermediario entre cierto sujeto y tú, Rosana. Es decir, tú y alguien más. Te diré lo que pienso: tú, David Lippold y algunos más, formáis un grupo de espías, que recibís información de otra persona. Esa persona se dio cuenta esta noche de que uno de mis hombres seguía a Lippold, y como mal menor, decidió eliminar a Lippold y escapar, cosa que consiguió. Sin embargo, tal como han ido las cosas, ahora te tenemos a ti, y vas a contestar a mis preguntas. Pregunta número uno: ¿Quién era el hombre que tenía que entregarle un microfilme a Lippold en el Potomac Park y que en lugar de eso le mató? Pregunta número dos: ¿quién eres tú realmente, quiénes son tus amigos del grupo, y dónde están? Eso por el momento. Bien... ¿Respuesta a la pregunta número uno?

—No sé... quién es ese hombre.

—Oh, vamos Rosana...

—Le digo que no lo sé.

—Hum... ¿Respuesta a la pregunta número dos?

Rosana apretó los labios, y Hadaway sonrió. Conocía bien el gesto. Era como si Rosana hubiera gritado quino pensaba dar la respuesta. Y eso, en el fondo, tenía cierta gracia.

Se oyó la llamada en la puerta del apartamento, y Hadaway se puso en pie. Tomó a Rosana de un brazo, y la llevó al *living-hall*, donde la dejó sentada en un sillón. Abrió la puerta, y Fred y Cliff entraron en el apartamento. Clarence musitó unas palabras al oído de Fred, y éste se dirigió al cuarto de baño. Regresó a los pocos segundos, se colocó detrás de Rosana, y, sin que ésta pudiera verlo, sacó un rollo de esparadrapo, muy ancho. Cortó un trozo, y, antes de que Rosana pudiera reaccionar, London la estaba sujetando, y Manship le colocaba en la boca la ancha tira de esparadrapo. En pocos segundos, Rosana quedó herméticamente amordazada, y sus brazos fueron colocados atrás, y fijados con un par de vueltas de esparadrapo.

Ella miraba a Hadaway, que estaba encendiendo un cigarrillo, impávido. Cuando el federal la miró y Rosana vio la expresión de sus negros ojos, se estremeció fuertemente.

—Rosana, vamos a ser razonables todos. Normalmente, yo no

suelo utilizar estos métodos pero sé que a veces son los más adecuados. Eres una espía profesional, y me comprendes. Por supuesto, aunque eres italiana, no estás trabajando para Italia, sino para otro país. Y vas a decirme el nombre de ese país, quiénes son tus amigos, dónde están, y quién es el hombre que tenía que entregar esta noche un microfilme a David Lippold, y dónde puedo encontrarlo. Espero que me hayas comprendido, pero si tienes alguna duda, mueve la cabeza.

Rosana no movió la cabeza. Hadaway dio una chupada al cigarrillo.

—Bien. ¿Vas a contestar, o empezamos la sesión? Si vas a contestar, mueve afirmativamente la cabeza.

Rosana no movió la cabeza, y durante un par de segundos, el inspector especial del FBI la estuvo mirando con impávida fijeza. Por fin sacó su encendedor, prendió la llamita, y acercó la punta de uno de los cigarrillos a ella.

—Primero probaremos si el encendedor es suficiente para calentar lo bastante el acero. Si no, encenderemos el gas. ¿En qué mejilla prefieres la prueba, antes de que te abraze un ojo?

Manship y London se quedaron mirando a su jefe con expresión incrédula, colocados detrás de Rosana; ésta abrió mucho los ojos, y el color volvió a desaparecer de su rostro.

Ya caliente la punta del cuchillo. Clarence se puso en pie, y se acercó a la muchacha llevaba el cigarrillo colgado de los labios, y su mueca, no sólo engañó a Rosana, sino a sus propios agentes: iba a hacerlo. Si ella no hablaba, le iba a quemar primero en una mejilla, y luego un ojo... y lo que fuese necesario.

—¡Mmmm... MMMmmMMMM...! —gimió Rosana—. ¡MMMMMM...!

—¿Vas a contestar?

La muchacha asintió enérgicamente con la cabeza, y Clarence dejó caer el cuchillo. De un tirón, arrancó el esparadrapo que cubría la boca femenina; los ojos de Rosana se llenaron de lágrimas, tan intenso fue el dolor.

—El nombre del sujeto que mató a Lippold —pidió Clarence.

—No lo sé —jadeó ella—. ¡Eso no lo sé!

—¿Quién lo sabe?

—Orvako... ¡Orvako lo sabe!

—¿Quién es Orvako?

—El jefe de nuestro grupo... Es el único que lo sabe... —
¿Cuántos más quedan de tu grupo, y dónde están?

—Solamente quedan... Orvako y Pietro... Orvako es el que lo sabe todo, y... Lippold servía de enlace... El era quien recogía siempre los microfilmes, los llevaba a Orvako, y él los enviaba a quienes nos pagan...

—¿Quiénes son los que os pagan?

—No lo sé... ¡De verdad que no lo sé! Sé que hay alguien que le entregaba microfilmes a Lippold, y que Orvako los vendía a alguien... ¡No sé más!

—¿Cuál suele ser el contenido de esos microfilmes?

—Información diversa... sobre secretos de Estado, proyectos del Pentágono, conversaciones que se sostienen en la Casa Blanca... Cosas así.

—Cosas así —palideció Clarence—. ¿Quién y cómo obtiene... esas cosas así?

—No lo sé.

—¿Pero es el hombre que fue a ver a Lippold esta noche?

—Creo que sí... Me parece que sí, no estoy segura.

—Rosana: te vamos a llevar a un lugar donde te seguiremos interrogando horas y horas, hasta que empieces a morir de agotamiento. Será mejor que nos digas ahora todo lo que sabes.

—¡Ya lo he dicho! Puedo ampliar detalles, pero no sé nada más.

—¿Dónde están Orvako y Pietro ahora?

—Esperándome... Estuvimos llamando a Lippold, pero no contestaba el teléfono y se decidió que viniera yo. Hace tiempo que compramos una casita en Anacostia, en los suburbios, y vivimos allí los tres, mientras Lippold lo hacía aquí, en Washington...

—¿Cuál es la dirección de esa casita de Anacostia?

—El... el 268 de Riverside Boulevard junto al río. —Conozco ese lugar— murmuró Manship.

—Pues me parece formidable —dijo Hadaway—. Bajad a la muchacha. Y deprisa. Sería mejor terminar este asunto antes de que amanezca.

—¿Nos vamos a Anacostia? —preguntó London, brillantes los ojos.

—Y esta vez de auténtica cacería —asintió Clarence.

CAPÍTULO IV

El coche se detuvo exactamente delante de la casa señalada con el número doscientos sesenta y ocho, en Riverside Boulevard, y de él se apearon cuatro hombres: Clarence Hadaway, y los agentes especiales Manship, Lawrie y London. Faltaban unos minutos para las dos de la madrugada, un poco fresca, pero apacible, con cielo despejado. Muy cerca de allí, frente a la casa, al otro lado del bulvar, se deslizaba el brazo del río que se unía más abajo al Potomac. Se veían algunas embarcaciones pequeñas en los blancos embarcaderos, y las estrellas brillaban en el agua, como partiéndose en miles de minúsculos pedacitos. La avenida estaba bien iluminada, sin excesos. No se veía luz en ninguna de las casas.

Hadaway miró hacia atrás, y vio salir a los otros cinco agentes del coche que les había seguido. Alzó un brazo, y los agentes del FBI se dirigieron hacia la parte atrás de la casa, cruzando por los pequeños jardines de otras viviendas.

—Espero que nadie olvide mis instrucciones —murmuró Hadaway—: quiero vivos a esos hombres, especialmente al tal Orvako, que es el más alto y calvo según nos ha descrito Rosana Verli. Sin embargo, no olvidemos tampoco que son espías profesionales, y no de dejarán cazar fácilmente. Lo más probable es que presenten pelea, así que mucho cuidado. Interesa atrapar vivo a Orvako, pero no a costa de la vida de ninguno de nosotros. ¿Todos de acuerdo?

—Sí, señor.

—Pues vamos allá, Lawrie, a la izquierda de la casa; Fred, a la derecha. Nosotros por el frente, Cliff.

Recorrieron el senderillo, subieron al porche los dos, y miraron a Lawrie y Manship que pistola en mano, se habían apostado a los

lados de la casa, cuya parte trasera, sin duda, estaba ya cercada por los cinco federales.

Clarence Hadaway pulsó el timbre. Dentro, se oyó claramente el sonido de un dingdong. Y eso fue todo. El inspector del FBI volvió a llamar, obteniendo el mismo resultado. —Se largaron ya— gruñó Cliff London.

Hadaway sacó una ganzúa, abrió con toda facilidad el pestillo, y empujó la puerta, apartándose a un lado. Todo estaba a oscuras en la casa, y el silencio era impresionante. Clarence introdujo un brazo, encontró el interruptor, y dio la luz. El por un lado y London por otro, se asomaron, cautelosamente. No se veía a nadie, ni parecía que allí pudiera haber persona alguna escondida, en el pequeño *living*. Los dos agentes entraron, pistola en mano, con todas las precauciones. Tras ellos lo hizo Manship, y casi enseguida Lawrie, que fue directo a la puerta de atrás. Dio la luz de aquella parte del jardín, y abrió la puerta, en la que apareció enseguida otro federal.

—No hay nadie ahí fuera.

—Parece que tampoco en la casa... Maldita sea...

—¡Volaron ya! Vigilad bien por esa parte. A ver qué dice Hadaway... No creo que esté de buen humor.

Lawrie regresó al *living*, donde estaba Manship, mirando hoscamente a todos lados.

—¿Y Hadaway? —murmuró Lawrie.

—Arriba, a darse una vuelta por los dormitorios. Se volaron, no cabe duda.

Lawrie refunfuñó algo, y se dirigió hacia la escalera, subió al piso alto. London estaba en el pasillo, entre las puertas... Al fondo había otra, ante la cual llegó Hadaway.

—Las habitaciones están vacías —gruñó London.

Hadaway no contestó. Estaba forcejeando con la cerradura de aquella puerta frontal del fondo del pasillo, y al fin consiguió abrirla, apartándose rápidamente. Nada sucedió, y el inspector especial entró en aquel lugar, encendiendo la luz, teniendo ya detrás a London y a Lawrie. Era un desván reducido, con algunos muebles polvorientos. Uno de ellos había sido colocado bajo la trampilla de acceso al tejado, que estaba cerrada. Hadaway estaba examinando la mesa cuando London lanzó una exclamación.

—¡El tejado! ¡Nos han visto llegar, y han...! ¿Qué haces tú aquí?
—Pareció darse cuenta de pronto de la presencia de Lawrie—. ¿Y Fred?

—Abajo en el *living*.

Hadaway se había subido ya a la mesa, y empujaba la trampilla, que cedió. London lanzó una maldición, y salió a toda prisa del desván, seguido de Lawrie.

—¡Fred! —aulló—. ¡Sal afuera! ¡El tejado!

Se abalanzaron los dos, escaleras abajo, mientras Hadaway se izaba por el hueco de la trampilla, tras haber aparecido un par de veces en rápida flexión sin que ocurriera nada. Haciendo temblar la casa, London y Lawrie llegaron abajo, cuando Manship salía ya, a todo correr. Se encontraron todos afuera, mirando a todos lados, especialmente hacia el tejado... de cuyo borde se prendió de pronto una sombra, que cayó cerca de ellos, rebotó ágilmente sobre sus piernas, dio una vuelta, y se puso en pie: Clarence Hadaway.

—Hacia el río —dijo contenidamente—. ¡Están corriendo hacia allí! ¡Los he visto!

Echaron a correr los cuatro, separándose. Dos

gun-men

aparecieron por los lados de la casa, preguntando a gritos qué ocurría, pero no recibieron respuesta, y corrieron también hacia el río... En cabeza iba Cliff London, poderoso como una locomotora, llevando a menos de una yarda a Hadaway... Cruzaron los jardines de las casas de aquel lado, saltaron pequeñas vallas, vencieron toda clase de pequeños obstáculos...

Cuando divisaron a los dos hombres, estaban ya muy cerca de un embarcadero, y London lanzó su advertencia inevitable.

—¡Alto! ¡Deténganse, o disparamos!

Uno de los perseguidos se volvió, y en su mano brilló un fogonazo. No se oyó el estampido del disparo, pero sí el seco chasquido de la bala al pasar por encima de las cabezas de los agentes que se encogieron instintivamente, sin dejar de correr. Y sin dejar de correr, Cliff London disparó una sola vez... Vieron perfectamente como uno de los hombres daba un prodigioso salto hacia delante, describiendo una sensacional voltereta, gritando. Hadaway también disparó, pero fue en el momento justo en que el otro hombre saltaba al parecer al río, desapareciendo de la línea de

tiro.

Casi enseguida, llegó hasta ellos el rugir de un poderoso motor, y los federales corrieron aún más. Cuando llegaron al borde del embarcadero, la lancha estaba solo a quince o veinte yardas, y al volante relucía la calva cabeza de un hombre: Orvako. Indeciso, London miró a Hadaway... justo en el momento en que éste disparaba. Se oyó el seco «plop» del disparo efectuado con silenciador, y, por encima del rugido del motor de la lancha, llegó hasta ellos el alarido del hombre que la tripulaba, que saltó hacia un lado, por encima de la borda... Por un instante resultó nítidamente visible, con los brazos muy abiertos, formado una grotesca sombra. Luego, cayó al agua... mientras la lancha, tras variar bruscamente el rumbo, se dirigía hacia otro de los blancos embarcaderos: con siniestro crujido, se estrelló allí, y en el acto, una gran llamarada brotó de ella, rodeada de pequeñas llamas de la gasolina inflamada, que formaron como un breve juego de luces artificiales, que después quedaron ardiendo alegremente sobre el agua.

Sobre el agua, deslizándose muy mansamente en dirección a donde estaban ellos, llegaba el cuerpo de Orvako, iluminado por el rojo resplandor de la lancha incendiada. Cliff London se quitó rápidamente la chaqueta y los zapatos, y se tiró al agua, sin vacilar. Llegó junto a Orvako con rápidas brazadas, lo asió por el cuello de la chaqueta y regresó hacia la orilla, donde dos de sus compañeros, tras subir el cadáver, le ayudaron a él. Otro

gun-man

regresó con una noticia:

—El más pequeño está muerto —dijo.

Hadaway estaba examinando a Orvako. Cuando alzó la cabeza fue para moverla negativamente. Miró al jadeante London, y musitó:

—También Orvako ha muerto.

* * *

Poco después de las nueve de la mañana, Clarence Hadaway resumía la situación de esta manera:

—Teníamos vigilado a David Lippold, y ha muerto; capturamos

a Rosana Verli, pero ella no sabe más de lo que nos ha dicho. Fuimos a por Orvako y Pietro, y no tuvimos más remedio que matarlos, o habrían escapado. Sin embargo, eso, en el fondo no tiene demasiada importancia: hemos destruido una célula de espías profesionales, que será reemplazada más pronto o más tarde, por el país que les estaba pagando. Eso es inevitable y debemos resignarnos a ello, y alegrarnos de haber eliminado a tres espías enemigos y haber detenido a Rosana. Ahora, como no vamos a poder evitar que envíen otra célula, no vamos a hacernos mala sangre... sobre ese respecto. Siempre ha habido espías y siempre habrá, en todo el mundo. Muy bien. ¿Estamos de acuerdo?

Hubo un asentimiento general entre el grupo de agentes que ocupaban el despacho de Hadaway en el edificio federal.

—Sentado bien todo esto —prosiguió Clarence—, debemos llegar a la conclusión de que lo que más interesa es encontrar al hombre que mató a Lippold. Indiscutiblemente, lo mató para que no lo delatase, ya que debió darse cuenta de que teníamos vigilado a Lippold, y...

—La culpa fue mía —musitó London.

—Le habría pasado lo mismo a cualquiera —movió negativamente la cabeza Hadaway—. Pero eso ya no importa, Cliff. Sólo hay una cosa que importa: encontrar a ese hombre que, al parecer, tenía que entregarle un microfilme a David Lippold. Ese personaje sí que interesa. Por el medio que sea, está en condiciones de enterarse de cosas que suceden en la Casa Blanca, en el Pentágono, y quién sabe en cuántos sitios más. Eso le señala como un traidor. Un norteamericano que está vendiendo información a espías extranjeros. Un personaje importante, con acceso a muchos de nuestros organismos oficiales. ¿Alguna duda?

—Sólo una —musitó Manship—: ¿Quién es?

—Lo único que sabemos de él es que es una fiera utilizando el karate —deslizó London—. Lo sé bien.

Hubo alguna sonrisita; un agente machacó:

—Esa chica, la tal Rosana Verli, puede estar mintiendo, señor. Quizá ella sabe quién es el hombre.

—No —negó Hadaway—. Llevo muchos años sometiendo a interrogatorios mucho más duros a personas más difíciles de convencer que Rosana Verli. Ella no lo sabe, Don. Ni lo sabía Pietro.

Solamente lo sabían David Lippold, inevitablemente, ya que era el enlace, y Orvako, como jefe del grupo. Lo extraño es que según parece, nuestro peligroso místico Karate no debía conocer a Orvako, ni sabía cómo avisarle, pues lo habría hecho poniéndole al corriente de lo sucedido con Lippold, y así no habrían enviado aquí a Rosana.

Hadaway sonrió y abrió la comunicación de su intercomunicador.

—¿Ha llegado Rand? —preguntó.

—Lo vi antes, señor, pero no sé dónde se ha metido. Me pareció que iba abajo... ¿Quiere que le busque?

—No. Ya vendrá cuando sea conveniente —cerró el intercomunicador—. Eso es todo, muchachos. Gracias por vuestra colaboración.

Los agentes salieron del despacho, cambiando comentarios. Hadaway quedó solo, pensativo. No le gustaba fracasar, si bien comprendía que es imposible triunfar siempre. No obstante si a su edad, o sea, la que tiene un agente especial corriente, él era nada menos que inspector especial bajo las exclusivas órdenes de Hoover, tenía que justificar y sobre todo merecer el puesto. Si fracasaba, nadie le diría nada. Ni siquiera Hoover. Pero sería él mismo quien no estaría satisfecho. Y eso es peor que cualquier disconformidad ajena.

Estaba dando vueltas en su cabeza a todo el asunto, buscando una posible pista o pequeños detalles que hasta entonces le hubieran pasado por alto, cuando sonó la llamada a la puerta. Autorizó la entrada, y apareció el agente Randolph Brutton, con una carpeta bajo el brazo.

—Se me buscaba, señor, pero estuve buscando...

—Está bien, Rand. Sé que no has estado de fiesta. Siéntate. ¿Lo has encontrado?

—Sí. Coche «Olympia», color claro, matrícula tal y tal... Lo encontré. En los cien números, había solamente cuatro de esos coches. Dos de ellos color granate; uno azul, y uno de color crema.

—¿Los has visto los cuatro?

—Sí, señor. Eso me ha llevado tiempo, porque, precisamente, el último que fui a ver, era el que buscamos. Pero pensé que ahorraría tiempo si no iba a verlo.

—¿Por qué? —Clarence entornó los ojos—. ¿A quién pertenece?

—A Ellen Nelligan, señor—. ¿Ellen Nelligan? ¿Quién es?

—Ella estuvo casada antes, hace años, con el comandante Richard Nesbitt, pero éste murió, en acción de guerra, en Corea. Hace un par de años, ella se volvió a casar con Robert Nelligan. Por eso, ahora, es Ellen Nelligan.

—Entiendo. Bien... Una viuda que vuelve a casarse. No es nada del otro mundo.

¿Cuál es su nombre de soltera?

—¿Ellen Ashbery, señor?

—¿Ashbery?

—Sí, señor. Si está pensando que ella tiene algo que ver con el general Malcolm Ashbery, le diré que sí, señor: ella es su hermana.

—Espera un momento —murmuró Hadaway—. ¿Me estás diciendo que el coche en el que huyó el asesino de David Lippold pertenece a la hermana del general Malcom Ashbery, uno de los hombres más introducidos en la vida política y militar del país?

—Sí, señor.

Clarence Hadaway se quedó mirando fijamente a Brutton, pero sin verlo. Por fin, se pasó una mano por la barbilla, y murmuró:

—¿Qué más?

—Nada más, señor. Usted quería saber a quién pertenecía el coche, y yo se lo he dicho. Por si le interesan, he subido las fichas del general Ashbery y del comandante Nesbitt, que fue el primer marido de Ellen Ashbery.

—Conozco muy bien la ficha del general Ashbery. ¿Qué dice la del fallecido comandante Nesbitt?

—Un gran sujeto, señor. Un militar formidable, un hombre de honor, íntegro, valiente, muerto en acción de guerra en Corea, como le he informado. Se había casado con Ellen Ashbery al finalizar la Segunda Guerra Mundial, donde también combatió en Europa.

—Bien. De todos modos, si el comandante Richard Nesbitt murió en Corea, no creo que nos importe mucho su ficha para este caso. En realidad, quien nos interesa, y mucho, es el general Ashbery, que está vivo y en activo. En cuanto a su hermana, y a su segundo marido... ¡Un momento! ¡Ahora recuerdo! Claro... Se habló de su boda. Si no falla mi memoria, Ellen Ashbery se casó, en efecto, hace unos dos años, con un muchacho dieciocho o veinte años más joven

que ella...

—En efecto, señor. Se dijo que el tal Bob Nelligan se casaba con la fortuna de Ellen Ashbery por supuesto. Hace unos cuantos años, los Ashbery no tenían fortuna alguna, pero hicieron una afortunada compra de acciones de una compañía petrolífera de Texas, y en poco tiempo se convirtieron en millonarios. Durante todos estos años, Ellen Ashbery no parecía tener la menor intención de volverse a casar, pero, apareció Bob Nelligan, un apuesto caballero, y hace dos años se casaron. La boda no fue muy del agrado del general Ashbery.

—Sí, sí, sí... No sé cómo he podido olvidar esas cosas... Pero no creo que tengan importancia, claro.

—Todo es relativo. Ellen tienen ahora cuarenta y ocho años, y su marido, Bob Nelligan, deben tener unos treinta. Es todo lo que sé.

—¿No te has enterado de nada sobre Bob Nelligan?

—No está fichado, si pregunta eso —sonrió Brutton—. Tenga la seguridad de que el general Ashbery debió ocuparse de esas cosas. El muchacho debe estar inmaculado.

Casado con una millonaria veinte años más vieja que él, pero... eso es cuenta suya.

—Sí —sonrió secamente Hadaway—. Hay quien hace cosas peores, por el dinero. Casarse con una millonaria no es nada malo, legalmente. Por otra parte, eso no debe ocuparnos a nosotros en absoluto, de momento. Volvamos al general Ashbery... Naturalmente, estás seguro de que ese coche pertenece a su hermana.

—Segurísimo, señor.

—O sea, que el general Ashbery debe poder utilizarlo cuando le plazca.

—Es de suponer. Aunque en la quinta de los Ashbery hay tres o cuatro coches. No olvide que ahora son millonarios, gracias a esos yacimientos de petróleo.

—Sí, sí, entiendo... Escucha, Rand: vas a interesarte por esos yacimientos petrol...

—Ya lo he hecho, señor —sonrió el agente—. Todo es como se explicó en su día. Parecía que la compañía iba a la ruina, pues no encontraban petróleo. Las acciones bajaron vertiginosamente, y los Ashbery, como otras personas, compraron todas las que pudieron...

Tres meses más tarde, se encontró un mar de petróleo, y seis meses después eran ya millonarios.

—Entonces, la fortuna de los Ashbery está justificada...

—Hasta el último centavo. De todos modos, si lo desea, puedo ocuparme mucho más a fondo de todo esto, señor.

—Vas a hacerlo —murmuró Clarence—. Y quiero que llegues hasta el fondo del fondo, sin dejar pasar por alto el más pequeño detalle. —Hadaway descolgó uno de los teléfonos, marcó un número, esperó un instante, y luego dijo, rápidamente—: el agente Cliff London debe estar por ahí. Que venga inmediatamente a mi despacho: soy Hadaway —colgó, y miró amablemente a Brutton—. Es todo, Rand. A trabajar.

—Sí señor.

Randolph Brutton abandonó el despacho, en el cual aparecía apenas un minuto más tarde Clifford London, que entró, se sentó ante su jefe a una seña de éste, y escuchó la explicación respecto a quién pertenecía el coche en el cual había huido su enemigo de la noche anterior, así como los detalles restantes comentados por Hadaway y Brutton.

—Un general —musitó al fin London—. Bueno, ésa no es una idea muy agradable, señor. Por supuesto, el general Ashbery debe tener acceso a muchísimos sitios importantes...

—Prácticamente, a todos.

—¿Debemos sospechar que fue él quien anoche mató a David Lippold?

—Bueno —sonrió Hadaway—. El general Ashbery tiene cincuenta y cuatro años, y siempre destacó más por su inteligencia que por sus aptitudes físicas. ¿Crees que un hombre de esa edad y características pudo ser tu enemigo de anoche, el tipo que te zumbó empleando karate?

—No —gruñó London, algo picado por la amable aunque un tanto zumbona sonrisa de Hadaway—. Tuvo que ser un hombre joven, y por lo menos, tan fuerte como yo.

—Entonces, te aseguro que el general Ashbery queda descartado. Sin embargo, el coche de su hermana estuvo en el Potomac Park, y el asesino de Lippold se fue en él. Evidentemente, alguien que no era el general ni su hermana utilizaron el coche anoche. ¿Se te ocurre alguien?

—Pudo ser cualquier amigo del general, alguien de la casa de los Ashbery... Quizá ese joven marido actual de la hermana del general... No sé. Pero puedo averiguarlo, si le parece bien, señor.

—Para eso te he llamado. Pero, Cliff, vas a tener que emplear todo el tacto del mundo. Ya sabes lo que buscamos: la persona que puede estar pasando informes a agentes enemigos sobre cosas que suceden en la Casa Blanca, en el Pentágono, en el Capitolio, en reuniones privadas, posiblemente secretos militares... Cosas así.

—Sí, señor. Y creo que sólo tenemos un sospechoso lógico.

—¿Te refieres al general Ashbery?

—¿Quién si no? ¿Se le ocurre a usted alguien más, señor?

—No —musitó Clarence—. No se me ocurre nadie más, Cliff...

—Nunca he comprendido a los traidores —dijo London—. Ese hombre, el general, ya es millonario, con eso del petróleo. ¿Qué puede estar ganando traicionando a Estados Unidos?

—No tenemos la seguridad de que esté haciendo eso, Cliff.

—Pues ojalá me equivoque, señor, pero yo creo que estamos metidos de lleno en el caso de un espía y traidor.

—Tómatalo con calma... y con mucho, muchísimo tacto... Nada ganamos congestionándonos. Y de todos modos, piensa que siempre pueden haber cosas raras e incomprensibles en mente de un espía.

—¿Raras e incomprensibles? No comprendo.

—Es un poco difícil de explicar... Yo empecé a trabajar para el FBI cuando tenía poco más de veintitrés años, Cliff. Durante éstos trece últimos, he tenido ocasión de conocer a espías de muchas clases y categorías. Vamos a descartar, naturalmente, ese tipo de espías que realizan una labor rutinaria, insignificante. Hablemos solamente de los espías capaces de hacer grandes cosas, o de conseguir grandes secretos. De los espías importantes...

—¿Cómo usted?

—¿Yo? Pues... no exactamente, no... Yo más bien soy un contraespía.

—Oh, vamos, señor —sonrió London—. Todos sabemos que usted ha llevado a cabo misiones imposibles. Y no de contraespía, sino de genuino espía. ¿O estoy mal informado?

—No, no —sonrió Hadaway—. Estás bien informado, naturalmente. Lo que trataba de decirte es que yo soy un espía que se atiene a ciertas normas de contención, por lo que más bien

resulto un contraespía que, en ocasiones, puede ser un buen espía. Pero yo quiero aclararte eso de los espías de categoría, Cliff... Me refiero, insisto, a esos que tienen la vida en juego continuamente, segundo tras segundo, y no a los que se pasan veinte años en una localidad esperando enterarse de algo que, en definitiva, merece solamente unas pocas líneas en los directorios de sus servicios secretos. Hablo del espía que vive el espionaje, y que jamás realiza trabajos... pequeños. Del espía que vuela muy alto, sabiendo que en cualquier momento puede estrellarse. Consiguen grandes secretos, los venden, los revenden, los cambian por otros, y, en definitiva, trabajan porque algo les impulsa a hacerlo. Unos para bien, otros para mal. Es... un extraño mecanismo que tienen en su mente.

—Temo que no le comprendo, señor.

—En el fondo, todo espía importante, como tiene que serlo la persona capaz de conseguir secretos del Pentágono y de la Casa Blanca, actúa por determinados impulsos que para él son... básicos en su vida. Unos son malvados, otros son generosos, pero todos tienen una cosa especial en su mente... Y así ha de ser en el caso del traidor que nos ocupa, sea o no sea el general Malcom Ashbery.

—¿Quiere decir que él tiene motivos para hacer lo que está haciendo?

—Más o menos, sí. Al menos, sus motivos. Los grandes traidores, rara vez lo son por dinero. Por eso, insisto en que hay que saber siempre qué es lo que hay en la mente de un espía. Supongo que has oído hablar de la agente *Baby*, de la CIA.

—¡Claro! —exclamó London.

—Yo he tenido tratos con ella en diversas ocasiones. Es una mujer... extraña^[1]. O quizá deba decir extraordinaria. Cuestión de la mente, ¿comprendes?

—No demasiado, francamente.

—Digamos que la agente *Baby* tiene reacciones contrapuestas. Un día sin piedad matará, otro día perdonará generosamente. No es fácil comprenderla... al principio. Yo creo que precisamente esa variedad de su carácter es lo que tiene desconcertados a sus enemigos, que no saben cómo clasificarla, y, por tanto, cómo buscarla. Pero cuando se la conoce bien, es fácil comprender lo que hay en la mente de *Baby*.

—¿Y qué hay?

—Justicia. Todo cuanto ella hace, sea bueno o malo aparentemente, tiene una sola finalidad: justicia. Cuando se trata con ella, uno solo puede recibir lo que merece. No importa quién seas, ni de qué bando estés... Lo importante es lo que hagas. Y por lo que hagas, así serás tratado. No por lo que seas, sino por lo que hagas.

—¿Sin favoritismos?

—Has dado en el clavo: sin favoritismos. Entonces, una vez conoces a *Baby*, puedes tener la seguridad de que no está loca, ni es una estúpida, ni genial, ni tonta, ni lista en exceso. Simplemente, hay algo en su mente, un sentido de la justicia más exacta, que la impele a hacer cualquier cosa. Lo que sea. Con ella, sólo de una cosa puedes estar seguro: haga lo que haga, busca paz y justicia. Eso es lo que hay en la mente de la espía *Baby*.

—Voy comprendiendo... Y usted querría saber qué es lo que hay en la mente del traidor que nos ocupa.

—Sí.

—Podría no haber nada bueno.

—No importa que sea bueno o malo, Cliff. Lo importante es saber qué hierva en su mente. En resumen: no sabemos aún quién es el traidor, pero, sea quien sea, actuemos con cautela. Sepamos qué tiene en la mente. Entonces, podremos resolverlo todo en un segundo.

—Pero antes hay que encontrar al espía.

—Así es. Con tranquilidad, con sosiego, y con buenos modales.

—¿Cuándo empiezo?

—Dentro de un segundo será tarde. O sea, que ya estás trabajando en eso. Piensa un plan y ponlo en práctica. Eso es todo, Cliff.

—¿Usted no piensa intervenir?

—El general Ashbery me conoce muy bien. No puedo intervenir. ¿Acaso hago mal en confiar en ti?

Clifford London tragó saliva.

—Espero que no, señor. Ya estoy en órbita.

CAPÍTULO V

Hacia las once y media de aquella misma mañana, Cliff London entraba con el coche en la quinta de los Ashbery, en Virginia Avenue, después que un hombre le hubo abierto las verjas. El hombre se acercó al coche, y Cliff sacó por la ventanilla la falsa credencial que se había procurado.

—Policía —dijo cachazudamente—. Quisiera hablar con la señora Nelligan, si es posible.

El hombre parpadeó, mirando la credencial policíaca; señaló la casa, que se veía al fondo del sendero, por entre plátanos y cerezos.

—Vaya a la casa. Allí le atenderán.

—Gracias.

Siguió adelante, mirando a todos lados con expresión distraída, pero pensando en lo absurdo que resultaba aquello. Indudablemente, los Ashbery eran millonarios, y por tanto, parecía absurda la posibilidad de que el general estuviera traicionando a Estados Unidos por dinero, vendiendo información a agentes secretos extranjeros. De ahí, llegó a pensar en las palabras de Hadaway: ¿qué hay en la mente de un espía de esa categoría? ¿Qué piensa, por qué hace las cosas?

Detuvo el auto delante de la hermosa mansión, con pórtico de blancas columnas, y hermosa fachada. Se apeó, y fue hacia la puerta, en la cual había aparecido ya un hombre, alto, fuerte, recio, con el impecable y muy serio atuendo de mayordomo, evidentemente. Tenía los ojos pequeños, negros, vivos, y los entornó para mirar al

gun-man

, el cual volvió a exhibir su falsa credencial de policía.

—Quisiera ver a la señora Nelligan. Es un asunto importante, y

la molestaré sólo unos minutos.

—Tenga la bondad de pasar.

El mayordomo se apartó, y Cliff entró en la mansión. Estuvo a punto de lanzar un silbido de admiración ante la riqueza y buen gusto del mobiliario y decoración. El vestíbulo era grandioso, y en el techo pendía una araña de cristal, que debía haber costado una fortuna... El mayordomo señaló una de las puertas, la abrió y de nuevo cedió el paso a Cliff.

—Avisaré a la señora de su presencia —dijo.

—Gracias.

El hombre cerró la puerta, y Cliff quedó solo en aquel salón, mirando a todos lados. La sensación de riqueza era tal que se sentía entre abrumado y desconcertado. El tópico de que quienes participaban en explotaciones petrolíferas deben tener mucho dinero, se cumplía allí absolutamente.

Se acercó a la puerta-ventana del salón, que daba a una terraza; se asomó a ésta, y en el acto oyó el tecleo de una máquina de escribir. Dio unos pasos por la terraza, en aquella dirección, y se detuvo ante un amplio ventanal, abierto. Aquella pieza era un despacho, y, en aquel momento, sólo había una persona, escribiendo a máquina, en efecto. Una mujer... que dejó sin aliento al federal. Cabellos rubios, largos, lacios, frente despejada, naricilla un poco respingona, ojos verdes, boca un poco alargada, llena, fresca... Estaba casi de frente con respecto a él, y debido a la brevedad de la falda, se veían perfectamente sus piernas, de una belleza increíble. Ella alzó la cabeza, de pronto y se quedó mirándolo. Alzó las cejas, en un gesto interrogante, tranquilo, casi amable. El *gunman* sonrió brevemente, como disculpándose, dio la vuelta y regresó al salón, con la imagen de la muchacha llenando sus ojos. Era de una belleza deslumbrante, delicada, elegante...

La aparición de otra mujer en el salón le produjo una especie de choque decepcionante. La recién aparecida debía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, y también era muy elegante, aunque no tan bonita como la otra, y no sólo por la edad. También debía haber sido bonita años atrás. Ahora, resultaba sencillamente agradable. Era una dama cuya mediana belleza había comenzado a desaparecer para dar paso a un porte distinguido y tranquilo.

Ella le miraba fijamente, y Cliff London reaccionó de pronto,

vivamente, adelantándose hacia ella.

—¿Señora Nelligan?

—Sí.

—Soy el sargento detective Cliff London, de la policía, pero destinado a servicios complementarios en la Highway Patrol.

—Bien... ¿No quiere tomar asiento, sargento?

—Muchas gracias.

Esperó a que Ellen Ashbery, actualmente Ellen Nelligan, se sentara en un sillón, y él lo hizo enfrente, apresurándose a ofrecer la llama de su encendedor cuando la mujer tomó un cigarrillo de una cajita de sobremesa.

—Usted dirá, sargento.

—Mmm... Es sólo una visita prácticamente de rutina, señora... Quisiera dejar bien claro ahora mismo que mis palabras no implican la menor sospecha o deseo de molestarla. Rutina, sí... Tengo que encontrar un coche cuya matrícula, excepto los dos últimos números es ésta. Si es tan amable de examinar estos datos...

Sacó un papel, y lo tendió a Ellen, que lo miró y frunció el ceño.

—Yo tengo un auto de estas características, sargento.

—Lo sé —sonrió amablemente London—. Por eso estoy aquí. Le diré lo que ocurrió. Anoche hubo un atropello en Lee Higway, entre Washington y Dulles International Airport. Un hombre fue arrollado y lanzado fuera de la pista, herido, por un coche «Olympia» matrícula de la capital, y cuyos números, excepto los dos finales, pudieron ser tomados por la propia víctima. Es todo lo que pudo hacer: tomar esos números y decir que el coche era un «Olympia».

—¿Y supone usted que yo...?

—No, no —pareció espantarse Clifford—. Por favor, señora, no es eso. Verá usted: varios compañeros y yo estamos investigando todos los coches de esta marca cuyos primeros números de matrícula son los que usted puede ver. A mí me tocó el suyo. Estuve tentado de no venir, pues sé muy bien quiénes son los Ashbery, pero pensé... Bueno, creo que pensé que no costaba nada cumplir con mi deber haciéndole unas pocas preguntas... Una rutina que no creía pudiera molestarla. Espero que comprenda que debemos presentar todos los informes, y que...

—¿Qué desea usted saber, concretamente, sargento? —sonrió la dama.

—Bueno... Me gustaría saber dónde estaba usted anoche a las diez, aproximadamente. Le aseguro...

—A esa hora estaba aquí, en casa. No salí ayer por la tarde. Vinieron unas amigas a la reunión semanal en la que resolvemos cuestiones de una entidad caritativa. Luego, se quedaron a cenar. Finalmente, estuvimos jugando al *bridge* hasta... las doce, aproximadamente. Los nombres de esas amigas, son...

—Por favor, por favor... Entienda usted que no exijo tanto. Si usted dice que estuvo aquí, yo la creo, naturalmente. Haré la pregunta de otro modo, señora: ¿salió ayer su coche del garaje de la quinta?

—No lo sé. Pero no creo.

—Supongo que no lo pudo utilizar otra persona...

—Podría ser. Tenemos cuatro coches en el garaje, sargento y cualquiera de la casa, normalmente, puede tomar cualquiera de ellos, si lo precisa. Pero anoche no creo que esto pudiera ocurrir.

—¿Por qué no?

—Vamos a ver... Yo, desde luego, no lo utilicé. Del personal de servicio, ni hablar, ya que, excepto mi doncella personal, los demás no estaban en casa, pues les di la noche libre, lo cual es una costumbre de cada vez que vienen mis amigas. El único que volvió anoche fue Horatio, el mayordomo. Los demás, han vuelto esta mañana temprano...

—¿Horatio no utilizó el coche?

—Desde luego que no. Jamás haría una cosa así sin pedirme autorización, lo cual hace incluso cuando tiene que utilizarlo para asuntos de la casa. No lo tomaría jamás de noche sin mi permiso. Y los demás se fueron a la tarde, por sus propios medios.

—¿No queda nadie que pudiera utilizarlo?

—Alguna vez lo ha utilizado Bob, mi marido, pero sólo cuando su coche deportivo está en el taller de reparaciones. Cosa que no sucedió ayer.

—Y además, su marido debió estar aquí, con usted.

—De ninguna manera —protestó sonriendo Ellen Nelligan—. No le haría semejante jugarreta a Bob jamás, sargento. Para mis amigas y para mí, estas reuniones son agradables, pero un hombre se moriría de aburrimiento. Bob se fue a pescar, a una competición nocturna entre los miembros de su club, según me dijo... A Kent

Point, concretamente, en Chesapeake Bay.

—Espero que pescase algo —sonrió Cliff.

—Sí... algo traje. Pero nunca lo veo. Los peces me producen un poco de... repulsión; a menos que ya estén cocidos, claro. Pero lo que traje debe estar en la cocina. ¿Servirá como coartada?

Se quedó mirando sonriente a London, que se sonrojó un poco.

—Señora Nelligan, mi intención.

—Oh, no se preocupe. Le entiendo bien, sargento. ¿Qué más quiere saber? Oh, queda mi hermano, claro... El general Ashbery. No se si ha oído su nombre antes de ahora.

—¡Por supuesto, señora!

—El estuvo hasta muy tarde, según me ha contado esta mañana, trabajando en sus asuntos en el Pentágono. También creo que ésa será una buena coartada. ¿Y quién más, quién más, quién más...? Ah, sí: Olivia. Pero ella menos que nadie pudo utilizar mi coche, pues tiene el suyo propio y, además, se va de aquí hacia las seis de la tarde y ya no vuelve hasta las nueve de la mañana.

—¿Quién es Olivia, si tiene la bondad...?

—La secretaria de mi hermano: Olivia Mitchell. Una jovencita encantadora, y muy eficiente. Está en un despacho al lado de este salón. Quiero aclararle, sargento, que de ninguna manera puedo tener la seguridad absoluta de que mi coche no fue utilizado. La quinta es grande, el garaje está un poco apartado de la casa, y no es posible oír cuándo entra o sale un coche. Desde luego, yo no lo utilicé; Bob tampoco, ya que se fue a Kent Point en el suyo; Malcom, mi hermano, utilizó su propio coche oficial con chófer incluido, naturalmente; Olivia no creo que viniera aquí a buscar el coche y luego a devolverlo de noche; los criados, imposible... Pero, si usted tiene alguna duda, o quiere hacer preguntas a alguien, por mí no hay inconveniente.

—Es usted muy amable, señora. En realidad, estamos seguros de que encontraremos el coche, ya que debió sufrir alguna abolladura al repeler a la víctima. Lo que estamos haciendo mis compañeros y yo es ir obteniendo todas las declaraciones posibles, completas, a fin de que cuando encontremos el auto, su propietario no pueda encontrar excusa de ninguna clase, ya que dispondremos de los testimonios de todos los demás propietarios de coches «Olympia» que empiecen con esta matrícula.

—Ah... Pues entiendo que eso es trabajar bien, sargento.

—Gracias. Me gustaría hablar con los demás, si es posible.

—Sí, sí... Pero no con mi hermano: él está en el Pentágono, ahora. Y casi nunca vuelve antes de las cinco y media o las seis. Suele trabajar luego aquí, hasta bastante tarde después de la cena. Utiliza un magnetófono, en el cual graba lo que Olivia tiene que pasar a máquina durante el día siguiente; luego llega él, corrige lo del día anterior, dicta algo más, y así sucesivamente. Como no he oído su voz en el magnetófono, deduzco que Olivia está pasando en limpio lo que Malcom corrigió anoche o esta mañana, antes de marcharse.

—Entiendo. No entiendo de estas cosas, pero me sorprende que el general Ashbery realice su trabajo del Pentágono en casa.

—Oh, no. Lo que hace él en casa es escribir un libro. No tiene nada que ver con el Pentágono, al menos directamente.

—Pero será un libro relacionado con su profesión, supongo.

—Sí, desde luego... Creo que va a titularlo *Opiniones sobre todas las guerras*, o algo así.

Olivia sabe de eso más que yo... ¿Quiere que vayamos a verla?

—Se lo agradecería. Aunque, realmente, ya sé que no es necesario...

—En realidad —sonrió cortésmente Ellen Nelligan—, estoy haciendo lo posible para que usted quede tan bien informado que no tenga que molestarse en volver por aquí, sargento.

—Se lo agradezco —enrojeció Cliff, sin poder evitarlo.

Se puso en pie, pensando que, ciertamente, lo que quería aquella dama no era que él no se molestase más, sino que no volviera a molestar a las personas de la quinta. Por eso, le daría toda clase de explicaciones y facilidades de investigación, lo despediría con una amable sonrisa, y esperaría no volver a verlo por allí.

Salieron del salón, y pasaron al despacho donde estaba trabajando Olivia Mitchell, escribiendo a máquina sin mirar el teclado, pero atendiendo con gran interés los papeles que tenía a un lado. Acabó de escribir una línea, alzó la cabeza, y los miró expectante.

—Será sólo un momento, Olivia —dijo amablemente Ellen—. Le presento al sargento London, de la policía, que quiere hacerle algunas preguntas.

La muchacha asintió con la cabeza, mirando primero hacia el ventanal y luego a Cliff, con una chispa de sonriente burla en sus verdes ojos. Por supuesto, lo había reconocido como al mirón de la terraza.

—Usted dirá, sargento London —inquirió, con voz angelical.

—Quisiera saber si usted utilizó anoche el coche de la señora Nelligan... El «Olympia».

—No... Ni anoche, ni nunca. Tengo mi propio auto. Puede verlo ahora en el garaje, si lo desea.

—Esto... ¿Podría decirme dónde estuvo usted anoche, a eso de las diez?

—En un guateque.

—¿En un... guateque?

Ellen Nelligan se mordió los labios para no reír y Olivia Mitchell hizo lo posible por contener una divertida sonrisa.

—Eso he dicho. Un guateque. Ya sabe: un *party*. Se reúnen unos cuantos amigos, bailan, toman unas copas, charlan... Un guateque. Llegué a eso de las nueve, y nos marchamos todos hacia las doce. Espero no haber hecho nada malo.

Ellen volvió el rostro, sin duda para ocultar su risa, y el *gun-man*

, tras carraspear movió negativamente la cabeza, un poco irritado.

—No creo que sea nada malo. Bueno... Depende de la clase de guateque, claro.

—Oh, muy formalito... Precisamente, hoy estoy invitada a otro. Si quiere, puede venir. Considérese invitado, sargento. Nada de etiqueta, desde luego.

Ante el evidente sentido del humor de la preciosa muchacha, el agente del FBI no tuvo más remedio, finalmente que adoptar la misma actitud.

—Aceptado —dijo—. ¿A qué hora paso a buscarla?

Ellen Nelligan ya no pudo evitar echarse a reír, sin disimulo de ninguna clase, mientras Olivia Mitchell quedaba desconcertada por la flemma circunstancial del federal:

—A las cinco y media o seis —dijo, tras un par de segundos de desconcierto—. ¿Es buena para usted esa hora?

—Magnífica. Si mis obligaciones me impidieran ser puntual, la avisaría con tiempo. Espero que no se canse demasiado, así que

trabaje con calma. Dígame una cosa; ¿es interesante ese libro de guerras?

—Yo opino que sí —se desconcertó aún más Olivia—. Para mí, el general Ashbery es un gran escritor y un formidable militar. Sabe lo que dice.

—Estoy seguro. —Cliff se adelantó, y señaló las hojas mecanografiadas en limpio—. ¿Me permite? ¿O son secretos militares?

—No creo que lo sean, naturalmente. Sírvase.

El

gun-man

tomó una página, y comenzó a leer. Ellen Nelligan estaba francamente divertida, no sólo por la simpática desfachatez de London, sino por la lección de desenvoltura que estaba dando a la muy desenvuelta Olivia Mitchell, siempre tan segura de sí misma. Por fin.

Cliff dejó la página, y asintió con la cabeza, aprobativamente.

—Compraré el libro cuando se publique. Quedamos en que usted se llama Olivia Mitchell —sacó una libretita del bolsillo interior, y un bolígrafo—. ¿A qué número puedo llamarla en caso de emergencia?

—¿Me va a anotar en esa libreta?

—Siempre lo hago con las chicas que salen conmigo. Hay que ser ordenado, so pena de encontrarme un día con dos chicas a la vez. ¿Me ha dicho a las cinco y media?

—Yo... Sí... A las cinco y media...

—De cinco y media a seis —murmuró London, apuntando en la libreta—. Bueno, buscaré su número en el listín; no quiero entretenerla más en su trabajo. Hasta luego, señorita Mitchell.

Salió del despacho, dejando petrificada a la muchacha. Ellen salió con él, riendo.

—¡Es usted un hombre de cuidado, sargento! —exclamó.

—Sólo me adapto a las circunstancias —sonrió London—. ¿Podemos ir ahora a ver a su marido, señora?

—Será mejor que vaya usted solo. Estoy segura de que se entenderá enseguida con Bob, pues son muy parecidos. Lo encontrará en su leonera.

—¿Dónde?

—Oh, él tiene un cobertizo privado detrás del garaje. Siempre está allí, haciendo miles de cosas; arregla sus carretes de pesca, las escopetas, su equipo de bucear o de esquiar ... ¡Yo qué sé! Yo tengo cosas que atender en la casa, pero si prefiere que le acompañe...

—Ya la he molestado bastante.

—No ha sido molestia —rió ella—. Al principio, lo fue, sinceramente, pero usted es simpático. ¿De verdad piensa salir con Olivia?

—¿Le parece que tengo mal gusto?

—No —volvió a reír ella—. Adiós, sargento. De verdad que me ha encantado conocerle.

—A sus pies, señora.

Cliff London salió de la casa pensando en lo divertidos que resultan a veces los giros que toman las situaciones. De todos modos, era tranquilizador saber que en aquella casa había sentido del humor. Y muy reconfortante la presencia de un bombón como Olivia Mitchell. Había que alabar el buen gusto del general Malcom Ahsbery, al menos, en la elección de secretaria.

Llegó al garaje, entró y se quedó mirando al coche «Olympia» que, naturalmente, no tenía ninguna abolladura producida por un choque contra una persona, ni señal alguna de que tal cosa hubiera ocurrido. Ciertamente, el agente del FBI no pensaba engañar a todo el mundo en la quinta, una persona, al menos, sabría qué él no era de la policía, sino alguien relacionado con el asunto de la noche anterior en Potomac Park. Es más: si alguien de la casa había conducido el coche, probablemente le habría estado viendo a él mientras vigilaba a David Lippold. Es decir, que él estaba en desventaja, ya que le habían visto bien. Y posiblemente, incluso hubieran averiguado que pertenecía al FBI. Todo era posible.

En suma: él era un cebo. Un cebo inquietante... y muy peligroso para quien quisiera picar en el anzuelo. Aunque si le metían un par de balas en la espalda, dejaría de ser peligroso. Y por supuesto, dejaría de estar en órbita.

Al fondo del garaje había una puerta bastante grande, y se dirigió hacia allí. La empujó, y cruzó el umbral.

—¿Señor Nellig...?

¡Effsss... toc!

Aquel objeto brillante pasó muy cerca de su rostro, silbando en

la madera... mientras Cliff London, desencajado el rostro, saltaba a un lado y sacaba su pistola con la velocidad del rayo.

CAPÍTULO VI

En menos de un segundo, Clifford London dominó la situación con un solo vistazo. Estaba en un lugar lleno de objetos deportivos de todas clases, desde cañas de pescar a motores fuera-borda, en número de cinco o seis colocados adecuadamente. Trajes de goma, planeadores subacuáticos, fusiles de pesca submarina... Parecía una tienda donde se vendieran artículos deportivos. Todo esto lo vio mientras el afilado arpón que se había clavado tras él todavía estaba vibrando sonoramente... y mientras su pistola oscilaba a todos lados, en busca del blanco perfecto.

Y el blanco perfecto pareció ser el hombre que apareció de pronto, a plena luz del sol que entraba por las dos ventanas de aquel lado. Un hombre alto, fuerte, atlético, manchado de negra grasa por todas partes, con el formidable torso al descubierto, y llevando en las manos un fusil acuático... y en los labios una sonrisa divertida, de una simpatía arrolladora.

—Hola —saludó—. Espero no haberle asustado demasiado, amigo. Le juro que ha sido solamente una broma.

Cliff London se incorporó, achicados los ojos, plegados los labios en una dura mueca.

—¿Señor Nelligan? —susurró.

—Claro. Bob Nelligan. ¿En qué puedo servirle?

London volvió la cabeza, miró el arpón clavado en la pared, y por fin, sonrió, pero de un modo que parecía estar mordiendo algo muy duro.

—Espero que no me haya confundido con un tiburón, señor Nelligan.

—Conozco bien a los tiburones —rió el formidable ejemplar humano—. Y creo que tienen un aspecto menos peligroso que usted.

¿Por qué ha sacado su pistola? Ha sido sólo una broma, insisto.

—En ese caso, quizá pueda guardar mi pistola.

—Con toda seguridad. Sea bien venido a mi leonera. Éste es un lugar solo para hombres... Por eso lo llamo leonera. De león, ¿comprende?

—Comprendo. ¿Debo considerar que tanto usted como yo somos leones?

—¡Algo así! —rió el atleta bronceado—. Sobre todo, usted. Yo dispongo solamente en mis manos de un modesto fusil acuático que ya está descargado. Pero usted tiene todas sus uñas. Oh, vamos, amigo, guarde ese utensilio. ¿No tiene sentido del humor?

—Tengo mucho sentido del humor. Y para demostrarlo, voy a guardar mis uñas, como usted dice —guardó la pistola—. ¿Puede decirme qué clase de broma ha sido la suya?

—Estaba reparando este fusil de aire comprimido, he visto la oportunidad de dispararlo cuando ha aparecido usted, y lo he hecho. No es nada malo, hombre... ¿Quiere tomar algo? Tengo de todo lo que un hombre sano y normal pueda pedir: jerez, martini, cerveza... Cosas así. Yo prefiero la cerveza fresca, casi helada. ¿Gusta?

—Se lo agradeceré.

El atlético y simpático personaje se dejó ver mejor; fue hacia un cajón pintado de rojo, alzó la tapa, y sacó dos botellas de cerveza, las destapó, y tendió una al agente del FBI.

—Espero que le guste fría.

—Me gusta fría, señor Nelligan. ¿Usted utilizó anoche el «Olimpia» de su esposa?

—No.

—¿Estuvo pescando, precisamente a las diez de la noche?

—Sí, así es.

—Entiendo que estuvo usted con un grupo de amigos de su club.

—Digamos que fuimos juntos a Kent Point. Luego, cada uno se fue por su lado, buscando el mejor lugar desde donde lanzar la caña. Después que finalizó la hora tope del concurso, nos reunimos, charlamos un rato, y tomamos unas copas de coñac francés que llevó uno de nuestros compañeros, y regresamos a casa. No ganó el concurso, si eso es lo que le interesa. ¿Es usted periodista?

—Soy policía.

—¿De veras? Vaya, demonios. ¿Hice algo malo? Reconozco que volví a una velocidad tremenda, amigo, pero comprenda, con un coche como el mío no se puede andar a paso de tortuga. Ya sabe lo que quiero decir: le mete usted el pie encima al pedal del gas, y... ¡zuummm! El coche se dispara solo. ¿De cuánto es la multa?

—¿Por exceso de velocidad?

—¡Claro! Estoy batiendo un récord en ese sentido. Llevo ya catorce multas en lo que va de mes.

—No es por eso que he venido, señor Nelligan.

—¿No? Vaya, caramba. —Bob Nelligan se metió un dedo en una oreja, y hurgó graciosamente—. ¿Hice algo peor que correr demasiado? No bebí mucho, eso estoy dispuesto a discutirlo a cualquiera.

—¿Usted utilizó anoche su coche deportivo, para ir y volver de Kent Pont?

—Claro.

—¿Y estuvo usted todo el tiempo pescando?

—Segurísimo.

—¿Tiene testigos?

—No sé. Estuvimos unas cuatro horas, me parece. Durante ese tiempo, cada uno se dedicaba a lo suyo. ¿Alguna vez ha ido a una competición de pesca deportiva?

—No.

—Pues se ha perdido algo serio. Es grato vivir así. Uno se tumba en la playa, o en las rocas, enciende un cigarro, planta la caña, y se pone a esperar que los peces piquen mientras contempla las estrellas. Se está bien.

—¿Usted estuvo en Kent Point esas cuatro horas?

—Seguro, amigo. ¿Qué le parece mi cerveza? ¿Buena?

—Muy buena. Anoche, alguien atropelló a un hombre con un coche «Olympia» cuyos primeros números coinciden con el de su esposa.

—Coinciden... Pues eso: coincidencia. Anoche, Ellen no se movió de casa. Tuvo reunión con un montón de vejestorios como ella. Hablan de caridades, dinero, cosas bonitas. Luego cenan, juegan al *bridge*... Cada uno lo pasa bien a su manera. Por todos los demonios, ¿qué es lo que quiere usted exactamente?

—Lo que quería ya lo tengo, señor Nelligan.

—Me alegro. A mí me fastidia hablar de cosas que no entiendo bien. Oiga, ya que no le gusta la pesca. ¿Quizá le gusta la caza?

—Regular.

—Venga. —Nelligan movió un dedo en gesto de invitación—. Vea si tengo escopetas. Y cañas... De todo. Yo creo que usted me está tomando el pelo, y por eso quiero hablarle con claridad, para no hacerle perder demasiado tiempo. Dígale a Ellen que yo cumplo siempre mis compromisos.

—Me temo que no le entiendo, señor Nelligan.

—Creo que me entiende, pero ya que quiere las cosas más claras, vamos a ello. Yo me casé con una mujer que me lleva dieciocho años de vida. Son años, ¿verdad? Ellen ni siquiera es bonita, ahora. Pero me casé con ella, y eso, para mí, es un compromiso formal de seriedad y honorabilidad. Si va a preguntarme si Ellen me gusta, o quizá si la quiero, le diré que no. ¿A qué engañarnos, entre hombres como nosotros? Ella sabía muy bien todo esto cuando pedí su mano. Pero, vea, yo soy un chico apuesto, simpático, deportista... Uno de esos tipos que algunas personas denominan *gigolós*... ¿A qué negarlo? Ellen se enamoró de mí, y yo de su dinero. Nos casamos, ella puso su dinero, y yo mi afecto. Ahora, puede ir a decirle a mi vieja y querida esposa que Bob jamás falta a su palabra. Estuve pescando, y eso es todo; si cree que me fui con una chica joven, que se lo quite de la cabeza. ¿Más cerveza?

—No —sonrió London—. Gracias. Usted tiene una lengua... sensacional, señor Nelligan.

—Ellen me conoce bien. Sabe que digo siempre lo que pienso. De veras, amigo: no estuve con una chica joven. Para hacer eso, pediría el divorcio. Mire, nuestra boda fue una especie de contrato: juventud a cambio de dinero. Ella está cumpliendo su parte y yo la mía. No voy a faltar a mi compromiso. Cuando usted vuelva a ver a mi esposa, dígaselo así. Y por favor, que no me fastidie más con detectives privados que vienen a oler mis posaderas.

Cliff no pudo evitar una carcajada.

—Se está equivocando, señor Nelligan. No soy un detective privado encargado de vigilar sus posibles infidelidades conyugales... De veras: soy un policía.

—Ah... Bueno, si no es un detective privado, y además no viene a meterme entre rejas por haber viajado anoche a cien millas por

hora... ¿Qué demonios quiere usted?

—Ya, nada.

—Usted tiene cara y tipo de ser un sujeto simpático. Dentro de pocos días me voy de caza. Le invito. Me gusta charlar con personas que me comprenden.

—Será en otra ocasión, señor Nelligan.

—Mala suerte. En serio: ¿Qué demonios ha venido usted a hacer aquí?

—Recibir un susto. Usted usa unos arpones muy afilados. Espero que no me apunte jamás con ellos. Tiene usted una leonera magnífica.

—Lo sé muy bien. Hay de todo. Suelo pasar aquí mucho tiempo. Es un modo como otro cualquiera de escapar de la vieja. No vaya a decirle esto, ¿eh? Todo tiene un límite. —Adiós, señor Nelligan— sonrió London.

* * *

Clarence Hadaway sonrió y encogió los hombros.

—He conocido algunos hombres como ése, Cliff. Y no tengo nada que oponer. Cada uno vive la vida a su manera. Lo que interesa lamentablemente, es los pasos de cada cual. Y parece que están justificados.

—Todavía no he hablado con el general Ashbery —gruñó London.

—Ni hace falta. Con toda seguridad, su coartada será la mejor de todas. No olvides, además, que él no pudo ser tu enemigo, el gran luchador de karate. Bien. —Hadaway sonrió secamente—. Esto marcha estupendamente.

—¿Sí? —exclamó Cliff, sorprendido.

—¡Claro! Todo el mundo tiene coartada... Y eso no es normal. Quiero decir, que si tomaste bien el número del coche en el que escapó tu terrible adversario, alguien en la casa está mintiendo. Sólo tenemos que descubrir quién es, encontrando el fallo o fallos que haya podido cometer. Yo me ocuparé de eso, Cliff.

—¿Usted?

—Quiero decir que enviaré algunos muchachos a hacer esa serie de comprobaciones, discretamente. Ya sabes: trabajo

complementario. Mientras tanto, tú seguirás dedicándote a la labor visible. Un buen sistema será el de acudir a esa cita con la señorita Olivia Mitchell. Procura ser simpático.

—No tendré que esforzarme mucho —sonrió London—. Respecto a esa chica, espero que haya usted reparado en...

—¿En el libro que está escribiendo, bajo el dictado del general Ashbery? Naturalmente que he reparado en eso. Hay algo evidentemente en todo este asunto, Cliff: si, realmente, de esa casa parte información secreta hacia espías extranjeros, sólo el general Ashbery puede facilitarla: Eso es indiscutible. ¿Estás de acuerdo?

—Es imposible no admitir ese punto —asintió Cliff.

—Bien. Sin embargo, hay muchas maneras de obtener o pasar información. Una de esas muchas maneras, y no mala, por cierto, sería el libro. El general Ashbery puede estar escribiendo un libro, en efecto, pero, en el dictado normal, puede ir intercalando información secreta de nuestros organismos importantes. Eso convertiría automáticamente en sospechosa a la señorita Mitchell, ¿no crees?

—¿Como la persona que pasa la información que facilita el general?

—Claro. ¿Estás de acuerdo?

Clifford London quedó pensativo unos segundos, con el ceño fruncido. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No señor... No estoy de acuerdo.

—¿Por qué? —sonrió Hadaway.

—A mí me atacó un hombre que no fue el general. Entonces, ya tenemos dos personajes en acción. Con Olivia Mitchell, serían tres... Demasiados.

—¿Sugieres que descartemos a la señorita Mitchell?

—Por el momento, sí.

—Completamente de acuerdo —aprobó Hadaway—. Entonces, nos quedan solamente el general Ashbery y míster Karate. Eso es mucho más razonable. La información de un modo u otro, parte del general, y míster Karate es el encargado de entregarla. Hasta ayer, la estuvo entregando a David Lippold, y está claro que no conocía a nadie más del grupo. Tampoco el general debe conocer a nadie más de ese grupo, ya que los habría avisado, y en lugar de escapar por el tejado después de vernos llegar y esperar a que entrásemos en la

casa, Orvako y Pietro habrían emprendido el vuelo mucho antes. Ahora, míster Karate, tiene que ser alguien de la quinta de los Ashbery, ya que de otro modo me parecería absurdo que se hubiera visto el coche «Olympia» en el Potomac Park; ella implicaría que míster Karate había ido a tomar el auto a la quinta, y, después de utilizarlo, aun sabiendo que había sido entrevistado en la sombra, había ido a devolver el coche de Ellen Nelligan.

¿Te parece factible?

—No, señor... Tiene que ser alguien de la casa, en efecto.

—Muy bien. Me has descrito a los personajes, me has contado todo lo que has hablado con ellos... ¿Cuál te parece que puede ser míster Karate, de acuerdo a todas sus características?

—Bob Nelligan —murmuró en el acto Cliff.

—Parece tan visible como la luz del sol, ¿verdad? De ahí, podemos pasar a otra teoría, tan fácil de creer como ésta: Bob Nelligan se casó con Ellen Ashbery, no sólo por su dinero, o mejor dicho, no precisamente por su dinero, sino por su parentesco con el general Malcom Ashbery. La cosa se simplifica aún más si consideramos la convivencia que eso ha proporcionado a Bob Nelligan con el general Ashbery.

—Para que el general le entregase secretos, Nelligan no tenía ninguna necesidad de casarse con Ellen —deslizó London.

—Otra vez completamente de acuerdo —sonrió secamente Hadaway—. Vamos a ver el asunto de otro modo, entonces: el general Ashbery no es un traidor, ni pasa secretos a nadie, pero, lógicamente, en familia cuando está con su hermana y con el apuesto y atlético Nelligan, hará una serie de comentarios partiendo de los cuales una persona inteligente puede sacar muchas cosas en claro. ¿Te parece más razonable?

—Eso significaría que Nelligan se casó con Ellen Ashbery para poder convivir con el general, charlar con el de política, guerra, y muchas cosas muy interesantes, y obtener, gota a gota, todo un chorro formidable de información secreta... Demonios, señor..., ¡el plan no podría estar mejor pensado!

—Eso pienso yo. Supongamos que tú eres un general, y que durante la cena, o las veladas en familia, charlando tranquilamente, tu cuñado se interesa amablemente por tu trabajo, te va haciendo preguntas inocentes, pero bien estudiadas... Sin prisas, sin

profundizar, y no todos los días, desde luego. ¿Qué harías tú?

—Creo que sabría mantener la boca cerrada cuando fuese conveniente —gruñó Clifford.

—Te creo. Sin embargo, Cliff, hay algo que debes aprender de una vez: no todas las personas saben mantener la boca cerrada.

—Entonces... ¿usted cree que el espía es Nelligan, y que el general Ashbery ni siquiera sabe que está pasando información de ninguna clase?

—Hemos estado exponiendo teorías, solamente. Y habrá que tenerlas en cuenta.

¿Conoces el expediente del general?

—Sí, señor.

—Hay pocos hombres que puedan estar tan orgullosos de su labor para la patria en todo momento. Sospechar del general Ashbery como de un traidor, parece poco menos que una aberración.

—Pero la información tiene que partir de él...

Hadaway asintió con la cabeza, y miró su reloj.

—Si has de salir con ésa chica tan bonita, te sugiero que vayas a ducharte y a cambiarte de ropa. Empieza a hacer calor, y los cuellos cíe las camisas se ensucian enseguida de sudor. Ya me dirás algo mañana.

Clifford London parpadeó, desconcertado.

—Sí, señor... Hasta mañana. Le explicaré como ha ido mi cita con Olivia Mitchell.

CAPÍTULO VII

Cuando apartó su boca de la de ella, Olivia Mitchell suspiró y se recostó en el pecho del agente.

—Ya esperaba que esto me pasaría un día u otro —susurró.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cliff.

—Pues a esto... Tengo ya veinticinco años, Cliff...

—Toda una anciana —sonrió el federal.

Ella también sonrió, le besó en la agresiva barbilla, y volvió a suspirar.

—No me refería a esto —murmuró dulcemente—. Quería decir, tan sólo, que ya desconfiaba de encontrarte. Soy una mujer exigente, si he de ser sincera contigo. Tengo muchos amigos, asisto a *partys*... A guateques, claro —rió—. Me han propuesto algo más de cuarenta veces...

—¡Zambomba! —exclamó Cliff.

—¿Crees que exagero?

London la apartó un poco, la miró largamente.

—Bueno —susurró por fin—. ¿Y por qué no te has casado en ninguna de esas cuarenta y tantas veces?

—Porque esperaba al hombre especial. ¿Te parece una tontería?

—¿Qué has visto en mí de especial? Tengo dos brazos, dos piernas, una nariz, dos ojos...

Ella se echó a reír, y mientras tanto, daba besitos al federal, que notó como se le ponían de punta todos los pelos de su cuerpo.

—No seas tonto... Te he observado durante el guateque. Eres simpático, un bromista, mis amigos han quedado encantados contigo... Pero tienes una gran diferencia con todos ellos.

—¿Cuál diferencia?

—No sabría explicártela. Pero la noto. Y por eso me he

enamorado de tí, entre baile y baile y trago y trago de *whisky* con soda... ¿Te parece mal?

—Francamente no.

—Me alegro porque ha decidido casarse contigo, Clifford.

—¿Has... decidido...?

—¡Claro! Por mucho que te resistas, seré tu esposa. Oh, vamos, no esperarías que te dejase escapar después de encontrarte. Tú entiendes de esto mejor que nadie.

—¿Yo?

—¿Acaso no eres policía? ¿Qué haces, entonces, cuando encuentras a tu presa? ¿La atrapas o la dejas, escapar?

—La... la atrapo... ¡La atrapo, claro!

—Sólo que en esta ocasión, la presa eres tú.

—Cáscaras, Olivia, estás poniendo las cosas de una manera...

—Clifford: te estoy diciendo que te amo. Todo lo demás, es consecuencia de esto. Deberías estar orgulloso de ti mismo —sonrió la bellísima y sorprendente muchacha—. Lo que no han conseguido cuarenta y tantos caballeros tan apuestos como tú, lo has conseguido... ¡Y en doce horas escasas! Eres sencillamente admirable.

London consiguió salir por fin de su desconcierto, y se echó a reír.

—Me admira tu sentido del humor —exclamó—. Supongo que todo esto es una broma, claro.

Olivia Mitchell se quedó mirándolo fijamente.

Estaban los dos dentro del coche del agente, ante la casita de la muchacha, rodeada de jardín. Por las abiertas ventanillas penetraba el aroma de flores y de tierra fresca... De pronto, Olivia volvió a abrazarse a él, e inició uno de aquellos besos que convertían al agente del FBI en un helado junto a una chimenea.

—¿Sigues creyendo que es una broma? —susurró.

—No... Parece que no lo es —susurró también él.

—Es tarde... ¿Quieres tomar algo en casa? La despedida.

—He bebido más de lo que acostumbro. Es suficiente por hoy.

—¿Jugo de fruta?

—Bien... ¿Por qué no?

El agente salió del coche, lo rodeó y abrió la portezuela, para que saliera la muchacha, que se tomó de su mano. Cuando cruzaron

el pequeño jardincillo hacia la casa, Olivia Mitchell iba abrazada a la cintura del federal, sonriente. Tuvo que soltarse al llegar ante la puerta. Sacó la llave del bolso, abrió, empujó la puerta, y metió un brazo, en busca del interruptor. Se oyó el «clic» de éste varias veces, pero la luz no se encendió.

—Qué mala suerte —exclamó Olivia—. Algo se ha estropeado.

—Creo que podré arreglártelo. Condúceme hasta el contador.

Entraron los dos, a oscuras, tomados de la mano, y dejando la puerta abierta para aprovechar la luz que llegaba de la avenida. Casi al mismo tiempo que oía aquel jadeo fuerte a su izquierda, Cliff oyó el ronco grito de Olivia, que tras apretar convulsivamente su mano, la soltó y pareció salir disparada hacia la oscuridad del interior de la casa...

También se oyó el choque de su cuerpo contra el suelo, pero, al mismo tiempo, Clifford London recibía un brutal puntapié en el muslo derecho, un poco más abajo de la cadera. Salió disparado lateralmente, rodó por el suelo, se golpeó contra algo, y se puso en pie de un salto, notando más que dolor, aquel frío estremecimiento en todo el cuerpo: mister Karate estaba allí, de nuevo ante él... en la oscuridad. Si aquel puntapié le hubiese acertado el sitio adonde sin duda lo había dirigido, esto es, al vientre, seguramente lo habría matado, o poco menos. Volvió a oír el jadeo, y supo que mister Karate se lanzaba de nuevo al ataque; por supuesto, tenía los ojos más acostumbrados que él a la oscuridad del interior de la casa de Olivia, y eso le daba no poca ventaja. Sólo que en esta ocasión, Clifford London sabía con quién se estaba enfrentando. Y sabía también que la lucha tenía que ser a muerte...

Así que, sin vacilar, llevó la mano a su pistola. Eso fue todo. O casi todo. Pudo sacarla, pero algo que parecía un hacha golpeó en su antebrazo, y el arma saltó de su mano, perdiéndose con resonante sonido en la oscuridad, mientras el aullido de dolor del agente parecía rebotar contra las paredes.

Por instinto, se apartó y oyó el desplazamiento del aire de un nuevo golpe, que pasó rozándole. Con el brazo derecho poco menos que colgando inerte, el agente del FBI comprendió que no podía ganar aquella pelea si vacilaba aunque sólo fuese una fracción de segundo, así que, a aquel golpe, correspondió, todavía casi sin ver nada, con un ferocísimo puntapié hacia donde, según sus cálculos,

estaba m ster Karate. Y sus c culos no pudieron ser más exactos. El aullido de m ster Karate fue fortísimo, y Cliff supo que había acertado en un punto de lo más vulnerable en un hombre. Oyó el impacto de algo contra el suelo, supo que m ster Karate, había caído de rodillas, y lanzó otro puntapié.

Se oyó el crujido de huesos, un gemido ahogado, y el rumor de algo rodando por el suelo. Sin vacilar, el agente siguió aquel rumor, se detuvo en seco al oír la respiración jadeante cerca de sus pies, y lanzó otro puntapié todavía... con peor fortuna que los anteriores. Su pie fue asido en el aire, tiraron de él, y cayó de espaldas, dándose un trastazo tremendo, que hizo crujir su cabeza y todos los huesos de la espalda.

Una sombra jadeante cayó sobre él, y unas manos poderosas asieron las solapas de su chaqueta, cruzándolas ante la garganta. Casi al instante, la presa de judo de estrangulación comenzó a hacer efecto: Clifford London sintió que la cabeza le daba vueltas, mientras su cabeza parecía llenarse con más sangre de la que podía contener. Por encima de él, aquel jadeo de bestia poderosa delataba el esfuerzo del enemigo, su tensión... A la desesperada, Cliff lanzó un golpe de canto con su mano izquierda. Not  como la carne se manchaba debido a su golpe, oyó el rugido de su adversario... y lanzó otro golpe. Las manos que lo estaban estrangulando aflojaron un instante la tenaza con la ropa, y el agente se apresur  a lanzar un tercer golpe, con el que consiguió quitarse de encima a m ster Karate, al cual oyó rodar por el suelo. Sin saber como, el agente del FBI se encontr  en pie, tambaleándose, notando como todo giraba a su alrededor. Con una rabia espantosa, lanzó otro puntapié, y grit  al comprobar que había hecho impacto. A ciegas, aturdido, volvió a golpear. Y otra vez todavía... y otra... La última, su pie se hundió en algo blando, que sólo podía ser el vientre del enemigo.

Y ahí terminó la, pelea.

London quedó en pie, tambaleándose, moviendo los brazos como si esperase encontrar algo a qué agarrarse. Como no fue así, cayó de rodillas, luego de bruces. Se puso en pie rápidamente, como si fuese una marioneta manejada por hilos invisibles, y de nuevo volvió a manotear, hasta que encontr  algo en que apoyarse. Temblando sus manos por la violencia del esfuerzo general realizado, consiguió al fin sacar su encendedor, prendió la llamita, y mir  a su alrededor.

Vio el corto pasillo, fue hacia allá, y entró en la cocina, donde localizó pronto el contador de la luz. Apretó los fusibles, simplemente y enseguida oyó el chasquido del frigorífico al ponerse en marcha. Encendió la luz de la cocina, metió la cabeza bajo el grifo del agua, y, chorreando, ya más firme sobre sus pies, regresó al *living-hall*, donde también encendió la luz y cerró la puerta de la casa.

Lo primero que vio fue a Olivia, tendida de bruces, con la mejilla derecha pegada al suelo, la boquita entreabierta, los ojos cerrados... Con una dura mueca, el agente apartó la mirada de tan lindo rostro, para mirar a míster Karate, que yacía de bruces. Le dio la vuelta con un pie, y se quedó mirando atónito, aquel rostro.

—El mayordomo —exclamó roncamente—. ¡Demonios!

Recogió su pistola, fue al mueble-bar, y se sirvió un trago de *whisky*, completamente olvidado del jugo de fruta. No era momento para jugos, desde luego. Se sintió mejor al ingerir el *whisky*, mirando a su alrededor, ignorando lo agradable que resultaba la casita de Olivia Mitchell. ¡Al demonio con ella! Ya le enseñaría él a jugar sucio...

Regresó a la cocina, encontró unas cuerdas de plástico, y con ellas ató a míster Karate las manos a la espalda, y sujetó sus piernas con vueltas de cuerda que le permitirían caminar con pasos cortos, pero nada más. Ató también a Olivia las manos a la espalda, la alzó y la tiró con rabia en el sofá.

Cuando despertase, iba a tener que darle muchas explicaciones.

Fue al teléfono, marcó un número y segundos después dijo:

—Soy Clifford London: quiero hablar con el inspector Hadaway.

—Vaya... Pero habrá dicho adónde iba, naturalmente.

—Entiendo. Cuando él llame, dígle que regrese; yo salgo para ahí ahora mismo. Es importantísimo.

—*Okay*. Es todo.

Colgó, se volvió a Olivia y Horatio el mayordomo de los Ashbery y sonrió secamente. Fue a la cocina, regresó con un jarro de agua, y lo vertió encima de la muchacha, que respingó, parpadeó, parpadeó repetidamente, y consiguió sentarse bien en el sofá. Por fin, se quedó mirándolo, con expresión de total desconcierto.

—Hola, querubín, —sonrió London—. ¿Te acuerdas de mí? Soy tu gran amor.

—Cliff... ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estoy atada...? —Te lo diré en pocas palabras, para ahorrar conversación inútil: eres una chica lista que consiguió quedar citada conmigo, lo hemos pasado muy bien, pero finalmente, debías traerme aquí, donde tu cómplice me estaba esperando. Una bonita trampa, que no ha funcionado sólo gracias a mis conocimientos de karate... y a mi gran suerte, debo admitirlo. Tu amigo es una fiera.

Olivia Mitchell había mirado a Horatio, y luego de nuevo al agente del FBI. El desconcierto de la muchacha era tal que consiguió que London se desconcertase a su vez.

—Por el amor de Dios, Cliff... ¿de qué estás hablando? Sólo se que entré en casa, recibí un golpe en los riñones... y me despierto ahora atada, contigo delante, mirándome como... como si me odiases.

—Lo del golpe estuvo bien. Si algo fallaba, tú quedabas a salvo, para intervenir luego. Si ahora estuvieras suelta te las arreglarías para ayudar al impecable mayordomo de los músculos de acero. Ése era el plan. Tu amigo no lleva armas, ni tú tampoco... Al parecer, el buen Horatio estaba muy seguro de sí mismo. Pero con una vez que me venció, ha sido suficiente mérito para él. Ahora, hablemos: ¿cómo consigues la información?

—¿Qué..., qué información? —tartamudeó la muchacha.

—La que, voluntaria o involuntariamente, deja filtrar el general Ashbery.

Olivia quedó definitivamente atónita. Tanto, que ni siquiera supo qué responder. London la miraba con los ojos entornados, Acabó por soltar un gruñido de disgusto.

—Casi me estás convenciendo de que contigo he sufrido un error —masculló—, pero la cosa parece demasiado clara. Yo estuve en la quinta de los Ashbery, vi a Horatio, y él a mí. Yo no lo reconocí a él, pero él a mí sí, ya que debió verme mientras yo seguía a David Lippold. Entonces, para evitar que más adelante yo pudiera reconocerlo, fui condenado a muerte. Una vez muerto yo, al parecer, ya no había nada que temer. Por eso he pensado que tú te las arreglaste para traerme aquí, después de una linda fiesta... de un divertido guateque. ¿Exacto?

La muchacha consiguió cerrar la boca, al fin. Miró a Cliff enfurruñada, apretó los labios y eso fue todo.

—¿No tienes nada que ver en esto? —murmuró Cliff.

—Oh, sí... Y en cuanto te descuides te cortaré la cabeza. Es mi pasatiempo preferido: cortar cabezas.

—Veo que estás recuperando tu sentido del humor, querubín.

—Eres un tonto y un bruto —exclamó ella.

En aquel momento, el fortísimo místico Karate se agitó. London le dedicó en el acto toda su atención, apuntándole con la pistola. Nada de bromas. Horatio había demostrado ser un elemento peligrosísimo. Cuando por fin se recuperó del todo, los oscuros ojos del mayordomo quedaron fijos en el federal, sin un parpadeo.

—Parece que hemos vuelto a encontrarnos, Horatio —sonrió el agente fríamente—. Y esta vez me ha tocado ganar a mí. ¿Por qué motivo no llevaba ni siquiera una navaja, como anoche? ¿Confiaba en matarme a golpes, realmente? ¿Qué tramaba, con exactitud?

—Adivínelo —gruñó el mayordomo de los Ashbery.

—Veamos... Usted se enteró de que hoy saldría con la señorita Mitchell, decidió esperarme aquí, matarme a golpes, de modo que no cupiera duda de que había sido muerto por mi enemigo de anoche en el Potomac Park, y luego eliminar a Olivia, con lo cual, ella sería considerada la cómplice de la quinta de los Ashbery y se consideraría que allí ya no había nada que buscar. Y como nadie sospecharía del mayordomo, ya no habría nada que temer en la quinta, puesto que yo, el único que en un momento determinado podría identificarlo, estaría muerto... ¿Okay?

De nuevo se desconcertó Clifford London, al ver la expresión de Horatio, asombradísima.

—Parece que he acertado, ¿verdad? —murmuró incrédulamente.

Olivia miraba de uno a otro con los ojos muy abiertos. Aún sorprendido por la exactitud de la última teoría que se le había ocurrido, el agente fue hacia ella, y la desató.

—Lo siento, Olivia —musitó—. Espero que cuando tengamos tiempo aceptes todas mis explicaciones.

—Cliff, no has debido pensar que yo...

—Te digo que lo siento... Perdóname. ¿Qué más puedo decir? —Se volvió hacia Horatio—. Póngase en pie y camine hacia la puerta. Y si tiene alguna idea que le parece buena para usted, no olvide que yo tengo una pistola. Vamos, vamos, en marcha... Apaga la luz antes de que salgamos, Olivia.

Horatio se encaminó hacia la puerta, con cierta dificultad, debido a las cuerdas que impedían separarse demasiado a sus pies. Olivia apagó la luz y abrió la puerta, y Horatio salió, seguido del agente del FBI que musitó:

—Hacia el coche.

Comenzaron los dos a caminar hacia allí, mientras Olivia, ya fuera de la casa, cerraba la puerta. Cuando se volvió, Horatio y el agente iban por la mitad del pequeño sendero rodeado de plantas y flores, ambos de espaldas a ella. Se apartó de la puerta, empezó a descender del floreado porche...

—¡Clifford, cuid...!

¡Bouummm!

El fortísimo estampido resonó en la tranquila avenida en el momento en que London se tiraba hacia el suelo como si quisiera desaparecer bajo él. Por encima suyo chascaron los balines, y se oyó en el acto el alarido de Horatio, que pareció arrancado del suelo por un vendaval, zarandeado, lanzado lejos como si fuese un pelele sin peso apenas, Clifford rodó sobre sí mismo, apartándose del sendero... Se oyó otro estampido igualmente formidable, y por encima suyo, las plantas y las flores fueron destrozadas, convirtiéndose en un bello y oloroso surtidor.

Aún estaba rodando el agente, metiéndose más entre las flores, cuando oyó el rugir de un motor, y enseguida el seco estampido del arranque. Se puso de rodillas, alzó la mano, y apretó el gatillo por tres veces, disparando hacia el coche que se alejaba con fuerte chirriar de neumáticos. Furioso, se puso en pie, comprendiendo que no había conseguido ni siquiera tocar el coche, cuya forma oscura desapareció por el extremo de la avenida opuesto al que estaba orientado su coche.

Tras ligera vacilación, se volvió y corrió hacia donde estaba Olivia, tendida de bruces en el suelo.

—Olivia —exclamó el federal, tensa la voz—. ¡Olivia, dime que estás...!

La muchacha alzó la cabeza, y Cliff vio sus ojos desmesuradamente abiertos, aterrada la expresión.

—E... estoy... b... bien... Clifford...

London la ayudó a ponerse en pie, y fueron hacia donde estaba Horatio, tendido de cara, al cielo, ensangrentado de un modo

horrible. Le tomó una muñeca, pero la soltó enseguida. Estaba muerto, destrozado por el gran número de proyectiles recibidos desde la cintura para arriba. Su cara era una máscara de sangre y carne destrozada.

—Al coche —susurró London—. ¡Vamos al coche! —Pero éste hombre...

—Olvídalo.

Corrieron al coche, y se metieron dentro. Las casitas vecinas se habían iluminado, y, a lo lejos, se oía un silbato policial. El agente descolgó el radio teléfono... y se quedó mirando furiosamente el hilo, partido, dejando suelto el auricular. Quiso poner el motor en marcha, pero nada sucedió. Metió la mano hacia las conexiones, sacó los hilos y lanzó una imprecación; con rápidos gestos efectuó el empalme, volvió a mover la llave, y el motor respondió. Arrancó, se metió en el jardín de Olivia, giró y se lanzó en la misma dirección por la que había desaparecido el otro coche. Sabía que no lo podría alcanzar, pero tenía la seguridad de que, prácticamente, llegarían al mismo tiempo al sitio al que, sin duda, ambos se dirigían.

Miró de reojo a Olivia, y vio la asustada expresión de la muchacha. Consiguió sonreír casi amablemente.

—Fuiste muy oportuna con tu aviso, Olivia. ¿Qué es lo que viste, realmente?

—No sé... Algo que brillaba. No sé por qué pensé en un rifle, o algo así.

—Era una escopeta de dos cañones, para caza mayor. ¿Viste a la persona que disparó?

—No... No pude ver nada. Sólo vi el brillo de... del cañón, grité y me tiré al suelo...

—Lo has hecho muy bien. —London palmeó una rodillita de la muchacha—. Pero que muy bien, querida. Serás una digna esposa de un agente del FBI.

—¿De... de un... un...?

—Clifford London, agente especial del FBI, a sus pies, jovencita.

CAPÍTULO VIII

London detuvo el auto, dejándolo pegado al bordillo, y se volvió hacia Olivia.

—¿Lo has entendido todo bien?

—Sí... Sí, sí.

—Estupendo. Entonces, nos vamos a despedir ahora. Te vas con el coche al edificio federal, pides por el inspector Hadaway, que me está esperando a mí, y le dices todo lo que te he contado. Que vengan a la quinta de los Ashbery. Pero, no olvides decirle al inspector Hadaway que lo hagan con la máxima discreción. Si le dices que yo, en vez de entrar por la puerta, he saltado las verjas, él comprenderá mejor todavía. No me falles, Olivia. Te preguntará por qué no le he llamado desde el coche: dile que me han estropeado el radioteléfono. ¿Bien?

—Sí... Lo haré todo, Clifford.

—Ajá.

El agente la tomó por la barbilla, la besó en los labios, la miró, sonrió y la besó ahora en la nariz.

—Hasta luego. Y no estés asustada. En el FBI esto es poco menos que el pan nuestro de cada día. Será mejor que vayas recapacitando respecto a si te conviene o no casarte conmigo. Adiós.

Salió del coche, e hizo señas para que ella se alejase. Cuando Olivia se alejó de allí el agente se volvió hacia donde estaba la villa de los Ashbery, y comenzó a caminar, sosegadamente.

Tres minutos más tarde, sin el menor contratiempo, con agilidad formidable, rebasaba las verjas y caía en el jardín. Llegar desde aquel punto de entrada clandestina al garaje resultó de lo más sencillo. Lo que no fue tan sencillo fue entrar, pues la puerta era de una sola pieza, y se alzaba a control remoto, desde el coche que

llegaba... Para evitar complicaciones y espectacularidad, pasó a un lado del garaje y se encaramó a una ventana, que estaba abierta. Prendió la llamita de su encendedor, localizó el banco de herramientas, y fue allá, en busca de una linterna, que encontró enseguida. La encendió, y dirigió la luz a su alrededor tapando la mitad con dos dedos sobre el cristal. Faltaba el coche deportivo de Bob Nelligan, y eso le sorprendió, que no era éste el auto que había vislumbrado en la avenida donde vivía Olivia. Ni tampoco era el «Olympia», al cual tocó la cubierta del motor, encontrándola fría. Vio el otro coche, al lado. Era oscuro, más pequeño, más fácil de manejar. Tocó también el capó del motor, y una dura mueca apareció en sus labios al encontrarlo caliente. También los neumáticos estaban calientes.

La conclusión era por demás obvia: Bob Nelligan había llegado allí después de matar a Horatio, dejó el coche pequeño, tomó el suyo, y salió a toda velocidad, para prepararse una coartada. ¿Diría que había ido a pescar otra vez? La ingenuidad de Nelligan, ciertamente, no podía ser mayor, pero... algo tenía que hacer.

O quizá no volviese. Quizá hubiera decidido huir. Pero por supuesto, no llegaría muy lejos en cuanto el FBI en peso se pusiera a buscarlo.

Empujó la puerta que separaba el garaje de la «leonera» del apuesto Bob Nelligan, sin olvidar las elementales precauciones, pero muy pronto se convenció de que no había nadie allí dentro. Se aseguró completamente dirigiendo la luz a todos lados, describiendo un círculo. Por fin, iluminando de lleno la armería al aire libre donde estaban las escopetas de caza de Nelligan, se acercó y comenzó a tocarlas. Su mano quedó apoyada en una de ellas unos segundos, notando el calor de ambos cañones. Dejó la linterna, bajó la escopeta, y la abrió; retiró los dos cartuchos, aún calientes, recién gastados, sin tomarse ni siquiera la molestia de respetar las huellas. ¿Para qué?

La dejó en su sitio, y quedó pensativo. Empezaba a resaltar una parte de la personalidad de Bob Nelligan: no era precisamente muy listo. Y esto resultaba sorprendente. Tanto, que cabía pensar en una nueva jugada, por completo inesperada. Tenía que ser así, o todo resultaría absurdo. Si Nelligan pensaba huir, ¿por qué había vuelto a la quinta, dejando la escopeta allí, sin limpiarla ni preocuparse

por nada, excepto por tomar su coche deportivo y marcharse nuevamente? Habría sido mucho más lógico, si Nelligan había vuelto, limpiar la escopeta, o, al menos, esconderla, y, desde luego, quedarse en la casa, sin tocar nada más.

¿Qué nueva jugada estaba preparando?

¿Adónde podía haber ido Nelligan pensando que conseguiría una nueva coartada? A pescar, no, desde luego. ¿O sí?

Cada vez más desconcertado, el

gun-man

siguió examinando el cobertizo, siempre a mitad de foco de la linterna. Parecía que Bob Nelligan era un muchacho cuidadoso y ordenado a juzgar por lo bien que todo estaba dispuesto allí: esquíes, raquetas, arpones, cañas, escopetas, cestas, tubos de aire, prismáticos, un pequeño heliógrafo, un sextante...

De pronto, el semicírculo de luz quedó fijo en un punto, en el suelo, al pie de una de las paredes, forrada de madera. Allí, una de las tablas era muy pequeña, apenas de diez pulgadas de alto por siete u ocho de ancho... Y aquel trozo de madera se veía separado de las demás, como a punto de caer. El primer pensamiento del agente del FBI fue que se trataba de un pequeño desperfecto. Luego, se dijo que no perdía nada asegurándose de ello.

Se arrodilló ante aquel rectángulo de madera, tiró de ella, y sin gran esfuerzo quedó en su mano. Contemplando los bordes, vio las ranuras para que, al ser colocada a presión en el hueco, encajase perfectamente. Fruncido el ceño, London dejó la madera en el suelo, y metió la mano izquierda en el hueco de la pared, tras dejar la linterna apuntando hacia allí. No había nada... Sí. Sí había algo. Sus dedos tocaron algo frío. Parecía metálico. Lo sacó, y se quedó contemplando el pequeño encendedor de oro, con las iniciales R.

N. Robert

Nelligan. En menos de tres segundos, el

gun-man

encontró dentro del encendedor la diminuta cámara para microfotos.

No.

No era muy listo Robert Nelligan, si llegaba al extremo de hacerse grabar sus iniciales en un encendedor como aquél. Se lo guardó en el bolsillo superior de la chaqueta y volvió a meter la

mano en el hueco, llegando hasta el último rincón... donde encontró algo más: una pequeña cápsula de plástico, cerrada herméticamente, pero que se abrió perfectamente al ser presionada entre los dedos índice y pulgar del hombre del FBI. Una cápsula convencional para guardar tiras de microfilme. Y, ciertamente, dentro de la cápsula había un microfilme.

Conteniendo a duras penas una exclamación de asombro y triunfo a la vez, Cliff London, sacó la pequeña tira negra, se puso en pie y se colocó ante el banco de trabajo de Nelligan. Tras colocar la linterna de modo que diese la luz donde él quería, se dedicó a quitar una lente de los prismáticos más grandes que tenía allí, a su alcance. Sostuvo el microfilme con los dedos de la mano izquierda, extendido, de modo que recibiera de lleno, por detrás, la luz de la linterna. Luego, utilizando el cristal del prismático como una lupa, comenzó a examinar el microfilme.

Y palideció en el acto.

—Por Dios... —jadeó.

Desde luego, no podía ver bien lo escrito, ya que realizaba un procedimiento de emergencia, pero era suficiente para distinguir unas palabras y adivinar otras, llegando enseguida a la conclusión de que era un informe respecto a conversaciones sostenidas entre el presidente Nixon y el secretario de Defensa de los Estados Unidos sobre los proyectos del primero respecto a la actitud norteamericana en el incipiente conflicto que se estaba creando en Laos. La índole del informe era tal que aquella conversación sólo podía ser privada, y, por supuesto, dentro del más riguroso *top secret* militar. Solamente una persona de la categoría nacional del general Malcom Ashbery podía haber sido puesto al corriente, de aquellos estudios previos. El general Ashbery y algunos personajes más ciertamente, pero... ¿estaba o no estaba en la quinta del general Ashbery? Todas las pistas habían conducido allí irremediablemente, de modo que no había mucho más que pensar.

La pregunta surgió, brotó en su mente como un estallido. Era inevitable hacérsela a sí mismo: ¿qué había en la mente del general Ashbery? ¿Estaba loco? ¿Era un traidor? ¿O era simplemente un hombre que confiaba en su familia, aunque ésta fuese un cuñado, y su proceder era tan peligrosamente ingenuo como para hacer comentarios sobre conversaciones o proyectos tan importantes?

De una cosa no podía ya haber más dudas: la fuente de información de Bob Nelligan era el general Ashbery.

¿Un traidor?

¿Un loco?

¿Un ingenuo?

Estaba tan absorto que, de pronto, se sobresaltó al darse cuenta de que estaba oyendo el potente rugido de un motor muy cerca. Se guardó el microfilme, apagó la linterna, y empuñó la pistola, buscando rápidamente un escondrijo en la leonera de Bob Nelligan.

En aquel momento, se alzaba la gran puerta automática del garaje, y enseguida, el estampido poderoso de un motor deportivo resonaba dentro.

CAPÍTULO IX

Clifford London salió de su escondrijo rápidamente, y, bien iluminado todo a su alrededor por el resplandor de las luces del coche que acababa de entrar en el garaje, se acercó a la puerta de separación, asomándose cautamente.

Vio a Bob Nelligan apeándose de un salto, tras apagar los faros y las luces de situación. Luego, gracias a la luz matizada que por las ventanas entraba en el garaje, procedente de la avenida, vio a Nelligan caminando hacia la leonera. Rápidamente, el

gun-man

se apartó y alzó más la pistola. Oyó clarísimamente sus pisadas, lo vio aparecer en el cobertizo, girando a medias para encender la luz, y entrar resueltamente, mirando a todos lados; cuando al girar quedaron cara a cara, la expresión de Bob Nelligan era entre intrigada e irritada. Al ver al agente del FBI tal expresión cambió bruscamente en otra de sobresalto, muy de acuerdo con el fuerte respingo que soltó Nelligan, casi saltando.

—¡Demonios! —aulló—. ¡Menudo susto me ha dado!

—Lo lamento —sonrió fríamente London.

—Cáscaras... No me extraña que digan que hay gente que fallece de un susto. El mío ha sido de los buenos, esta vez. Oiga... ¿que está usted haciendo aquí?

—Visita profesional.

Bob Nelligan parpadeó, desconcertado en verdad, según parecía. No llevaba atuendo deportivo, sino traje corriente de calle, incluso con corbata. Pero resultaba igualmente atractivo, atlético y simpático. Por fin, señaló la pistola en la mano del federal.

—Usted es un fanático de las armas, ¿eh? —sonrió—. ¿Por qué me apunta esta vez?

—Por seguridad personal.

—¿De veras? No sé si comprendo... ¿Teme usted que yo le ataque, sargento... sargento...?

—London, Clifford London: agente especial del FBI señor Nelligan.

—¿Del FBI? Pero usted dijo esta mañana...

—Sé lo que dije. Y ahora digo otra cosa.

—Pues no hay duda —sonrió Nelligan—: usted es un maldito embustero. O antes o ahora, está mintiendo.

—Mentí por la mañana. Levante las manos y vuélvase. Prefiero que no me obligue a disparar mientras lo registro, señor Nelligan.

—¿Registrarme? ¿Qué espera encontrar? ¿Armas?

—¿No lo cree posible?

Nelligan se echó a reír. Alzó los brazos, y Clifford lo cacheó rápida y expertamente. No llevaba armas de ninguna clase.

—¿Puedo bajar los brazos?

—Hágalo. Pero caminando hacia su banco de trabajo. Una vez allí, vuélvase de cara a mí y ponga sus manos en los bolsillos de la chaqueta.

Robert Nelligan obedeció punto por punto. Se quedó mirando irónicamente a London, que había ladeado la cabeza y entornado los ojos, escrutando aquel rostro viril, agradable, simpático, magníficamente bronceado.

—Bueno —dijo Nelligan—. Si me dice de una vez lo que pasa, no dudo que podremos entendernos, sargento London, o quien sea usted. Yo creo que merezco una explicación, señor mío.

London sacó el pequeño encendedor de oro con las iniciales grabadas en un lado.

—¿Es suyo este encendedor?

—No lo veo bien.

London se acercó unos pasos.

—¿Y ahora?

—No. No es mío.

—Lleva las iniciales R. N. Puede ser Robert Nelligan, ¿no?

—Desde luego. Pero jamás había visto ese encendedor. Puede estar seguro de que no es mío.

—¿Tampoco esto es suyo?

Mostró el microfilme a Nelligan, que abrió la boca en gesto de

estupefacción.

—¿Es un microfilme? —musitó.

—En efecto —sonrió secamente London.

—No.

—Señor Nelligan, ambas cosas estaban en un hueco que hay en la pared, exactamente ahí —señaló—, y que sin duda, en su precipitación, usted no dejó tan bien cerrado como le habría convenido. Ahora, le diré como se ha conseguido este microfilme: usted se enteró de muchas cosas en sus conversaciones con su cuñado Malcom, luego las escribió en la máquina en la que normalmente trabaja Olivia Mitchell, pues he visto que los tipos de letra son idénticos; más adelante, reveló este microfilme. Y, ayer noche, fue a llevarlo a un hombre llamado David Lippold su cómplice Horatio. ¿De acuerdo?

—¿Qué Horatio?

—El mayordomo de esta casa.

—¿Está usted loco? —exclamó Nelligan.

—Yo creo que no, pero es cosa que podemos discutir. Anoche, Horacio no estaba en casa, oficialmente, pero volvió en un momento conveniente, se llevó el coche «Olympia» y fue al Potomac Park. Allí, tenía que haber entregado este microfilme a David Lippold, pero como se dio cuenta de que yo estaba siguiendo a Lippold, decidió matarlo, escapar, y así dejaba cortada toda pista posible. Sin embargo, cuando Horatio consiguió escapar tras una pelea conmigo en la que llevó la mejor parte, pude ver el coche, y la matrícula. Así, llegamos hasta esta casa. Me hice pasar por un sargento de la policía, hice preguntas, conocí a las personas que viven aquí... Esto empezó a inquietarlo a usted, y, sobre todo, a Horatio. Hasta tal punto se inquietaron que decidieron matarme. Supieron que saldría con Olivia Mitchell, y entonces, calculando que al final de la velada llevaría a su casa a Olivia, decidieron que Horatio me esperaría dentro, y, por si algo fallaba, usted lo haría fuera, con un arma, algo falló en efecto, aunque sí entré en la casa de Olivia. Falló el buen Horatio, que debió haber comprendido anoche que para matarme a mí era más seguro emplear una navaja o una pistola. Pero, a fin de que se supiera con claridad que había sido mi enemigo de anoche quien me había matado en casa de Olivia, decidió hacerlo a golpes. Así, las sospechas se descartarían

definitivamente hacia el hombre que podía matar a golpes de karate, con la que mis compañeros y yo olvidaríamos a las personas que viven en esta casa, pues imagino que usted no sabe karate, y Horatio se guardaría muy bien de decir que lo aprendió quién sabe dónde, hace tiempo. Es más, habían pensado matar también a Olivia, dejar allí alguna prueba comprometedora contra ella, y asunto concluido. Esa prueba debía ser, sin duda, el microfilme que le he mostrado. Al no poder hacerlo, vino aquí a esconderlo y para escapar enseguida con su coche deportivo, dejando el otro, por si podía ser identificado por su forma o modelo, ya que debía llevar las placas de las matrículas ocultas. Pero, en su precipitación, cometió algunos errores. Uno: la trampa no quedó bien cerrada. Dos: el motor del coche pequeño está caliente. Tres: también está caliente la escopeta que ha utilizado para matar a Horatio, y con la que, sobre todo, quiso matarme a mí. Es una lástima que tan bellos planes le hayan salido mal.

—Usted está completamente loco —masculló Nelligan—. ¡No sabe lo que está diciendo, London!

—Sí lo sé. Lo sabemos muy bien los dos: usted consigue la información de su cuñado Malcom, la escribe con la máquina de Olivia, destruye las páginas, y envía el microfilm por medio de Horatio. Para mayor seguridad, sólo tenía tratos con David Lippold, pero esto, precisamente, fue un perjuicio de Pietro y Orvako. Y de Rosana Verli, que está prisionera.

—Nunca he oído esos nombres.

—Es inútil que niegue nada, Nelligan. ¿No comprende que toda mi teoría es perfecta?

No tiene un solo fallo.

—¡Yo no tengo nada que ver con todo eso que está diciendo!

—Me sorprendería mucho, francamente. Las cosas tienen que haber sucedido así. Y si usted no es el culpable central... ¿quién lo es, entonces?

—No tengo ni idea. Usted me está fastidiando ya, London...

—Le he enseñado su encendedor y el microfilme. El coche pequeño está caliente, la escopeta también... Oh, vamos, Nelligan... ¿Aún quiere que lo acorrale más? De acuerdo, voy a hacerlo: ¿de dónde venía usted ahora, en su coche deportivo? Bob Nelligan se pasó la lengua por los labios.

—De una cita.

—¿De una cita? Muy bien... ¿Con quién?

—No lo sé.

—¿De veras? ¿Cómo es eso posible?

—La persona que me citó no acudió a la cita... ¡Le estoy diciendo la verdad! Me llamaron por teléfono a casa hace cosa de un par de horas, y me dijeron que acudiese, yo solo, junto al monumento a Washington, pues tenían algo que comunicarme, importantísimo, y que podía afectar mucho mi actual sistema de vida...

—¿Quién le citó?

—Un hombre... No sé... No le conocía.

—¿Y acudió a una cita tan... extraña?

—Sí. Me gusta la vida que llevo y no quisiera cambiarla.

—Entiendo. Pero allá nadie le esperaba.

—Al parecer, no. Así que al fin me cansé de esperar y volví a casa. Usted lo ha visto.

—¿Le vio alguien allá, junto al monumento a Washington?

—No sé... No creo.

—Vamos, vamos, Nelligan... ¿Quién va a creerle eso?

—Le estoy diciendo la verdad.

—Yo le digo que no creo una sola palabra. Pero, no vamos a discutir más tiempo aquí. Tome una de esas cuerdas, y átesela a una muñeca. Luego, Colóquese de espaldas a mí, con las manos hacia atrás. Lamento no traer esposas.

—¿Va a sacarme de aquí maniatado?

—No se preocupe: nadie le verá. Ya es bastante tarde. Vamos, obedezca.

Escuche, London, no hay necesidad de que me humille de este modo. No intentaré nada, salvo llamar a mi abogado cuando usted me lo permita. No me gustaría salir de aquí atado como un delincuente que...

—Haga lo que le he dicho...

Bob Nelligan estaba muy pálido. Entornó los ojos, y por fin asintió con la cabeza.

—Está bien —murmuró.

Cogió una cuerda, y, cachazudamente, se ató un extremo a su muñeca izquierda, como pudo, sin mirar ni una sola vez al

gun-man

, que no le perdía de vista. Cuando terminó, lo miró, con fría indiferencia.

—¿Algo más? —musitó.

—Vuélvase, tal como le he dicho.

De nuevo asintió Nelligan con un gesto, y se volvió, colocando las manos a la espalda. London se colocó la pistola en el bolsillo superior de la chaqueta, bien a mano.

—Quiero recordarle que he vencido a Horatio en una pelea que usted jamás podría soñar, Nelligan. Será mejor que se esté quieto si no quiere llegar un poco averiado al Departamento.

No recibió respuesta.

Adelantó las manos, tomó la cuerda que colgaba, e inició la primera vuelta en torno a la muñeca libre de Bob Nelligan también era rápido, y, sin duda, había estado esperando el momento propicio para resistirse.

Pero no.

No era el momento propicio, ciertamente.

Se tiró hacia atrás, empujando al agente con la espalda, y haciéndole perder por un instante el equilibrio. Se volvió a toda prisa, y lanzó su puño derecho con toda la fuerza de su poderosa musculatura contra el rostro del federal. Un puñetazo que de haber alcanzado a Cliff London lo habría enviado volando, con la nariz hecha papilla...

Sin embargo, toda aquella potencia fue malgastada. London se limitó a inclinarse, tras recuperar rápidamente el equilibrio, y, como respuesta, lanzó un directo largo al estómago de Nelligan, que lanzó un gemido, se encogió ligeramente, y, a la desesperada, lanzó ahora su puño izquierdo, con la cuerda rodeando la muñeca. London se apartó esta vez, asió la cuerda, y dio un tirón violentísimo. Nelligan pasó casi volando junto a él, pero a cada instante más desesperado, se revolvió en el aire, asíéndose a una solapa de London, con lo que, debido al fuerte impulso que llevaba, lo arrastró al suelo en su caída. Tras un giro de ambos, el agente quedó debajo, y Nelligan volvió a blandir su puño, crispado el rostro en una mueca de rabia.

—¡Nadie va a atarme a mí...!

Lanzó el tremendo puñetazo, de nuevo al centro del rostro del

federal, que se agitó a tiempo, retorciéndose ágilmente. Recibió el puñetazo en el hombro izquierdo, pero ya su mano derecha se había disparado, acertando de lleno en la barbilla a Nelligan, que pareció saltar de encima suyo por propio impulso, cayó de espaldas, y comenzó a ponerse en pie resoplando.

Era un enemigo duro, fuerte y rápido, pero no gran cosa para Clifford London, que se había puesto en pie aún más rápidamente que él, y no esperó a que terminase de ponerse en pie. Lanzó de nuevo el puño derecho, acertando ahora a Nelligan en el mentón, derribándolo de nuevo de espaldas. Una vez más intentó Nelligan ponerse en pie, dando la vuelta, quedando de rodillas y manos en el suelo..., Eso fue peor: el agente se colocó junto a él, y sin piedad alguna, le colocó un feroz puñetazo en el estómago.

Robert Nelligan emitió un gemido ahogado, se encogió un instante, y de pronto, se dejó caer, completamente plano, de bruces. El agente del FBI quedó junto a él unos segundos mirándolo, a la expectativa, sin molestarse siquiera en tocar su pistola. Estaba un poco admirado de la resistencia de Nelligan, pues éste no había perdido el conocimiento, pero comprendió que ya no estaba en condiciones de luchar.

Se sentó sobre su espalda, tras colocar allí los brazos, y tomando la cuerda comenzó a atarlo a conciencia, Estaba harto de andar a golpes.

—No puedo decir que esto haya empeorado su situación, Nelligan —jadeó—, porque, realmente, no puede ser peor de lo que era antes. Tendrá que...

Se calló bruscamente, y quedó inmóvil. ¿Había oído algo a su espalda o no? Estaba seguro de que no. Y, sin embargo, sabía que algo estaba ocurriendo tras él. Algo que le significaba un peligro. Percibió un perfume femenino, y, respingando, inició el movimiento para volverse y ver quién estaba allí...

Algo rozó su oreja derecha, y cayó sobre su hombro. Fue un golpe tan brutal, tan fortísimo, que salió disparado hacia delante, pasando por encima de Nelligan, con la impresión de que su hombro derecho se hundía tan dolorosamente que pensó que acababa de ser partido en dos pedazos.

Chocó de cara contra el suelo, dio la vuelta y quedó tendido de bruces, empañada la visión. Cuando alzó la cabeza, ante él había

solamente sombras.

CAPÍTULO X

La sombra que más destacaba estaba en pie, y era de color muy claro, casi blanco. La vio inclinarse junto a la sombra que para él era también Nelligan en aquellos momentos, y oyó su voz muy lejana:

—Pobre querido mío... Ese bárbaro te ha golpeado, pero ya verás como vamos a darle su merecido...

Vio un ligero movimiento de ambas sombras, y oyó de nuevo la voz femenina, mientras de nuevo, de un modo extraño, confuso, y tan lejano como la voz, llegaba hasta él aquel perfume que estaba seguro de conocer.

—No, no, mi amor... No te muevas. Tómate esto... Te aliviará enseguida... Eso es. Muy bien. Enseguida te sentirás mejor. Ven a sentarte aquí.

London sacudió la cabeza, y estuvo a punto de lanzar un aullido debido al espantoso dolor que sintió en el hombro golpeado. Pero la visión se aclaró, y, estupefacto, se quedó mirando a Ellen Ashbery, es decir, Ellen Nelligan, que estaba ayudando a su marido a sentarse con la espalda apoyada en el banco de trabajo. En el suelo, cerca de la mujer, había una formidable palanqueta de casi veinte pulgadas de longitud, y el

gun-man

ya pudo comprender perfectamente por qué el hombro le dolía de modo tan horrible. Quiso sacar la pistola que había colocado en el bolsillo superior, pero, al tiempo que se daba cuenta de que no la tenía, oyó de nuevo la voz de Ellen Nelligan:

—La tengo yo, sargento London... ¡Quieto! ¡Permanezca donde está!

Conteniendo su dolor, Cliff se sentó en el suelo, y se quedó

mirando a la mujer, sombríamente.

—Está cometiendo un error, señora —murmuró con voz ronca—. El mayor de todos los que podría cometer. Ese hombre es un traidor a la patria, y les ha estado engañando a usted y a su hermano, el general Ashbery.

La sonrisa de Ellen Nelligan le sorprendió incluso hasta el total desconcierto. Una sonrisa fría, cruel... y divertida al mismo tiempo.

—No es usted muy listo, señor London. Mi Pobrecito Bob no ha hecho nada... Nada, se lo aseguro.

—Y yo le aseguro que él...

Bob Nelligan lanzó un gemido, y se encogió, se crispó. Cliff lo miró vivamente, y vio su rostro increíblemente pálido, convulso. Tenía los ojos muy abiertos, en una mueca de asombrado espanto. Se llevó las manos al estómago, y gimió:

—Dios... Dios mío, que... que mal... estoy...

—Pobrecito Bob —clamó Ellen—: ¡Qué mal le sienta el cianuro!

Nelligan desvió los ojos hacia ella. Pareció a punto de decir algo, pero sus ojos, se abrieron aún más, su boca se torció en una mueca espantosa, y, en un lado, apareció una ligera espuma de color verde claro... Ya no pudo decir nada. Ni nunca más volvería a hablar. Se quedó con los ojos desorbitados, la boca abierta, torcida en aquella mueca horrible.

Con un esfuerzo, Cliff London apartó la mirada del cadáver para fijarla en Ellen, que le miraba con frío sarcasmo. Reparó entonces en que ella llevaba unos finos guantes de piel, y que empuñaba su propia pistola con mano aceptablemente firme. El agente tuvo la sensación de recibir un mazazo en plena cabeza, que lo aturdió hasta el punto de que aún tardó unos segundos en comprender.

—Por Dios —murmuró al fin—. ¡No es posible!

—Parece que se va acercando a la verdad, señor London.

—No... No, no puedo creerlo...

—Debería aceptar las evidencias —rió secamente ella—. ¿No es así como se dice en la jerga policiaca? ¿O en el FBI lo dicen de otra manera?

—Señora Nelligan, ¿qué ha hecho usted? Por Dios: ¿qué ha estado haciendo?

—Tengo la impresión de que usted ya sabe eso, señor London.

—No puede ser... ¿Usted es quien ha estado pasando

información a agentes extranjeros, por medio de Horatio?

—Así es.

—¿Se da cuenta de lo que dice?

—Perfectamente. No soy tonta, ni estoy loca.

—¿A quién ha estado vendiendo la información?

—¿Qué importa eso, señor London? Agentes extranjeros, como usted bien ha dicho.

¿Por qué complicarlo más?

—Pero no entiendo... ¿Por qué? En el nombre de Dios: ¿Por qué, señora?

—Me parece que no tenemos demasiado tiempo para perder, señor London.

—¿Va a matarme?

—¿Le parece que puedo dejarlo vivo?

—Está loca... Mis compañeros están a punto de llegar, sabrán la verdad. No conseguirá usted escapar, tenga la seguridad de ello. No podrá escapar jamás del FBI.

—Yo creo que sí... A condición de que no pierda demasiado tiempo con usted, naturalmente.

—Piénselo... No es sólo por mi vida. Es por usted, por su hermano... Piénselo, señora.

—Está todo pensado y calculado... desde hace mucho tiempo. Comprenda que una espía tan cauta como yo tenía que prevenir este posible riesgo de quedar un día atrapada en la red del contraespionaje. Era de temer, y así, lo preparé todo para este momento. Incluso me casé.

—No comprendo...

—Se lo explicaré. Pero muy rápidamente, señor London. Hace doce años que estoy pasando información a... a agentes extranjeros. Doce años, ¿se da cuenta? Durante ese tiempo, siempre que he podido, he sacado a Malcom sobre todos los asuntos que he podido. Naturalmente, él ha sido aceptablemente reservado, pero no tanto que yo no haya podido ir consiguiendo muy buena información. Después de algún tiempo, comprendí que era muy arriesgado y empecé a buscar el modo de prepararme una salida para cualquier contratiempo. Primero preparé un plan, luego otro, y otro... Finalmente, mi querido Bob me dio la solución definitiva. Era perfecta.

—¿Incluía la muerte de su marido ese plan?

—Claro. Tengo escondidas algunas cápsulas de cianuro, para posibles contratiempos. Le aseguro que de un modo u otro, a mí jamás me habrían atrapado viva. Pero ¿por qué morir, si ha dado buen resultado el plan que tenía preparado con respecto a Bob? El se casó conmigo por mi dinero, y yo lo acepté porque era un guapo muchacho que, además de hacerme más que aceptablemente feliz durante estos dos años últimos, podía serme útil en un momento dado.

—¿Ha sido usted quien ha utilizado el coche oscuro? ¿Ha sido usted quien ha disparado hace poco contra Horatio y contra mí, delante de la casa de Olivia?

—En efecto. Pero me temo que no estoy muy preparada para usar unas armas tan potentes. De todos mudos, conseguí matar a Horatio, cosa que también estaba pensada si todo se ponía muy mal. Usted tuvo mejor suerte, señor London... de momento, claro.

—Luego, vino aquí, dejó la escopeta, colocó el microfilme en ese hueco de la pared que ya debía tener preparado hace tiempo, y el encendedor que usted tenía preparado, para que acusase a Robert Nelligan si llegaba el caso...

—Así es. Después, fui a la casa, me desvestí, me puse esta camisa de dormir, y regresé aquí. Entré después que lo hiciera Bob, y pude oír todo lo que hablaban. Estuve esperando mi oportunidad, y... ha llegado.

—No conseguirá engañar a Clarence Hadaway.

—Conozco a Clarence —sonrió prietamente la mujer—. Es un hombre admirable, de una sagacidad increíble. Pero los hechos son los hechos, señor London. Cuando él llegue, encontrará a Bob muerto. Dirán que tuvo una pelea con usted, que le golpeó con la palanqueta, que consiguió quitarle su pistola —la hizo oscilar en su mano enguantada— y que, finalmente, lo mató a usted. Por último comprendiendo que ya no iba a poder escapar, se suicidó con una cápsula de cianuro muy a estilo espía.

—Por el amor de Dios... ¿Realmente tenía usted planeado el... suicidio de su marido?

—Realmente.

—Es monstruoso. Si me permitiera hacerle una serie de consideraciones, señora, comprendería usted que...

—Lo que estoy comprendiendo, señor London, es que usted me está entreteniendo para dar tiempo a que llegue Clarence Hadaway. ¿No es eso lo que está intentando?

—No, no... Es que estoy tan asombrado... Esto parece imposible. De todos modos, debo admitir que el plan es muy bueno, señora.

—Ah... ¿Se lo parece de veras?

London tragó saliva.

—Sí... Es muy bueno. Claro: cuando me encuentren muerto a mí y con mi pistola cerca de la mano de su marido, comprenderán que él me ha matado, y que luego se ha suicidado. Y encontrarán tantas pruebas en contra de él, que nadie podrá sospechar ni remotamente la verdad. Usted, además, cuando sea interrogada, admitirá muy apenada que, en efecto, su marido le hacía preguntas sobre lo que hablaba con su hermano, y que él mismo le sacaba hábilmente a veces. Admirable, señora. Pero dígame: ¿qué sucederá en el futuro? ¿Seguirá usted traicionando a Estados Unidos y al ingenuo y buenazo general Ashbery?

—Eso no será posible por un tiempo, evidentemente, señor London. Pero volveré a hacerlo. Tengo mucha paciencia. Dentro de unas semanas, me enviarán a un hombre que sustituirá al señor Lippold y entonces ya veremos como arreglamos las cosas.

—Un momento... ¿Qué ha ganado usted con esto?

Ellen Ashbery volvió a sonreír secamente. Se daba cuenta del fino sudor que había brotado de la frente del federal, y comprendía el mal momento que él debía estar pasando. No era una posición alegre la de Cliff London, ciertamente. Su angustia, su lógico miedo ante aquel balazo que podía brotar de un momento a otro, era propio de todo ser humano en su pleno juicio.

—¿Qué he ganado? Dinero, naturalmente.

—Me está mintiendo.

—¿Por qué habría de mentirle? Y ahora, señor London...

—Espere... Usted ya tiene mucho dinero. Los Ashbery son millonarios, gracias a esas acciones de la compañía petrolífera tejana... ¿Quería usted aún más dinero?

—Usted no ha entendido esa parte, señor London. Esas acciones de la compañía petrolífera, son, precisamente, lo que yo he ganado vendiendo información a agentes extranjeros. Todo fue una maniobra bien preparada, para justificar la riqueza de mi hermano

y mía.

En lugar de irme pagando en dinero efectivo, se planeó este otro sistema, mucho más discreto, y que podía resistir cualquier investigación. Se planeó lo del hundimiento de la compañía petrolífera se me facilitaron muchas acciones, y entonces «afortunadamente» todo empezó a ir bien, con lo que los Ashbery, en poco tiempo, nos convertimos en millonarios, sin que nadie pudiera tener la menor sospecha.

—Entiendo. Pero resulta difícil de creer que usted...

—Ya basta, señor London.

—Espere... ¡Espere! Yo quería decirle...

—¡Ya no tenemos más tiempo! Por lo tanto...

—Por lo tanto, señora —dijo una voz detrás de Ellen—, será mejor que deje usted caer esa pistola.

London lanzó un alarido de alegría al ver en la puerta a Clarence Hadaway pistola en mano, apuntando con una firmeza escalofriante a Ellen Nelligan, la cual quedó inmóvil un par de segundos. Por fin, se estremeció, y se volvió ligeramente hacia el inspector, especial del FBI. Se quedaron mirándose. Ninguno de los dos parecía capaz de moverse.

—De modo que ha llegado a tiempo... —jadeó Ellen—. No debí hablar tanto...

—Habría sido lo mismo, se lo aseguro. Estoy aquí desde que llegó Bob Nelligan. Después de cierta conversación con London, pensé que no costaba nada seguir a su marido, señora. Estuvo en el monumento a Washington, esperando algo, al parecer. Luego, sin haberse puesto en contacto con nadie, regresó aquí, y le seguimos. Finalmente, he esperado los acontecimientos... Sobre todo desde que, apenas hubo entrado Bob Nelligan en el garaje, la vi aparecer a usted, de entre unos arbustos, con un abrigo oscuro. Eso me hizo comprender dado su sigilo, que algo diferente podía ocurrir; y ha ocurrido.

—¿Ha estado todo el tiempo dominando la situación? —murmuró London.

—Así es, Cliff.

—Por todos los demonios —casi gritó el

gun-man

—. ¡Ha permitido que pasara más miedo que...!

—Es bueno conocer de cerca y a fondo el miedo, Cliff —sonrió Hadaway—. Sirve para temblar los nervios en vistas a ocasiones como la que has pasado. Bien, señora: ¿va a soltar la pistola? Se lo ruego.

—No pienso hacerlo. No la soltaré.

—Sea sensata. Estuve viéndola a usted todo el tiempo, incluso, por supuesto, cuando le dio el cianuro a su marido. Sólo que yo pensé que era una aspirina, o algo así, sin detenerme a pensar en lo extraño que resultaba que usted llevara algo así encima. Cuando lo comprendí Nelligan ya había ingerido el cianuro, y puesto que no podía hacer nada por él, esperé a ver si Cliff se portaba como yo esperaba y la sonsacaba. Lo ha hecho muy bien, ahora yo domino la situación, y en lugar de disparar contra usted, lo cual he podido hacer mil veces si hubiera querido, insisto: ¿quiere soltar la pistola de Cliff, por favor?

—No.

—Señora Nelligan, entienda que... ¡No lo haga!

Ellen había gritado rabiosamente, volviéndose de nuevo cara a cara hacia London, adelantando la pistola. En los ojos de la mujer, el

gun-man

vio que iba a disparar.

—¡Señora Nelligan! —amenazó de nuevo Hadaway, resistiéndose a disparar.

Ella se volvió entonces hacia el inspector especial del FBI evidentemente dispuesta a disparar contra él. Hadaway tenía todavía en los labios la advertencia, pero Ellen acabó de apuntarle...

¡Pack!

Ahora fue el disparo de Hadaway el que resonó en el cobertizo. Ellen Nelligan lanzó un chillido espantoso, se agitó como hoja al viento, y la pistola saltó de su mano bruscamente, yendo a caer cerca de London, que se apresuró a recogerla. Por detrás de Hadaway aparecieron, pistola en mano, dos agentes más, y todos se quedaron mirando a la mujer que permanecía inmóvil tras haber llevado sus manos al pecho; en el blanco camisón apareció enseguida la circular mancha de sangre, extendiéndose rápidamente. El más afectado era Clarence Hadaway, cuyo rostro,

siempre tan bronceado, tenía un extraño tono lívido.

Ellen Nelligan se relajó, de pronto, y cayó hacia atrás, de modo que quedó apoyada con la espalda en el pecho de su sentado y difunto marido, formando como una romántica pareja hablándose de amor en el campo, sentados bajo un árbol.

Clarence se guardó la pistola, con un gesto furioso, pero bien dominado.

Se volvió hacia los dos agentes.

—Rand, tu ve a llamar a la ambulancia. Tú, Fred, quédate afuera, y no permitas que entre nadie más que el general Ashbery.

—Sí, señor. Vendrán todos los que haya en casa, pues habrán oído los disparos, pero sólo entrará el general.

Hadaway asintió con la cabeza, se acercó a la pareja, y se acucilló ante ellos. Miró el rostro de Nelligan, que ya comenzaba a endurecerse, adquirir una rigidez absoluta. Luego, sus negros ojos se clavaron en los de Ellen, que estaban fijos en él, muy abiertos, igual que la boca, en un gesto de angustia.

—¿Por qué me ha obligado, señora? —susurró—. No era necesario que usted muriese.

—Usted... y London, siempre tendrán... mi muerte sobre su conciencia.

—Dureza por dureza, señora —replicó ásperamente Hadaway—; le aseguro que la olvidaremos. Pero quizá no muera... Permítame ver la herida.

—¡No! —Ella crispó más las manos llenas de sangre sobre la herida—. ¡No me toque!

Prefiero morir... Morir... Por fin iré a reunirme con él...

—¿Con quién? —se desconcertó Hadaway—. ¿Con su marido?

—Con él, sí... No con este hombre —volvió los ojos hacia Bob Nelligan—. Iré con él... para siempre...

Hadaway y London cambiaron una mirada de desconcierto. No comprendían nada.

En aquel momento, apareció en el cobertizo, en pijama y bata, el general Malcom Ashbery, que tendría que afrontar la primera y última noticia sobre lo que había estado ocurriendo a su alrededor. Lanzó un gemido al ver a su hermana ensangrentada, y se arrodilló ante ella, demudado el rostro.

—Ellen... Ellen, querida...

—La ambulancia llegará pronto, general —susurró Hadaway—. Es posible que aún pueda salvar la vida. Pero sólo eso... y de momento. No se lo que será de ella si llegan a juzgarla por alta traición.

—¿Qué dice? —jadeó Ashbery—. ¿De qué está hablando, Hadaway? ¿Qué hace usted aquí, qué significa...?

—Su hermana ha estado vendiendo a espías extranjeros toda la información que le sonsacaba a usted, general.

Malcom Ashbery palideció aún más intensamente.

—Ellen —tartamudeó al fin—. ¿Has oído eso? Di que no es...

—Es cierto —alentó ella—. Es cierto, Malcom.

—Dios mío... ¿Por qué?

—Me... me voy con él, Malcom... Me voy con Dick. Con mi Dick...

—¿Con Richard Nesbitt, su primer marido? —murmuró London.

—Sí... Con él... Con el amor de mi vida... Lo he vengado... todo cuanto he podido...

Malcom Ashbery fue a hablar, pero Hadaway le apretó un brazo y movió negativamente la cabeza.

—Déjela hablar. Siga, Ellen. ¿Qué es lo que ha vengado usted? —Su... muerte...

—Su marido primero murió en combate, señora. Una muerte hermosa para un militar profesional como era él. No había nada que vengar, que yo sepa. ¿O quizá sí?

—Ellos... los del Pentágono, lo enviaron allá, a morir... Todos lo enviaron a morir a una tierra que nada nos importaba ni a él ni... ni a mí... Se lo llevaron de mi lado, para que fuese a morir lejos de mí, me lo quitaron... para siempre, y yo juré... vengarme... ¿Sabe lo que me dieron a cambio de mi Dick?

—¿Qué le dieron? —susurró Clarence.

—Una... carta de elogios, y... y una pensión miserable con la que pretendían... pagar su vida... Juré que me vengaría de todos los que lo habían enviado allí, y lo he hecho... Ellos me lo quitaron, y me dieron a cambio unos dólares. Lo valoraron... muy poco. Yo lo he vengado, valorándolo mucho más alto, y sirviendo a los enemigos de quienes me lo arrebataron: el Presidente, el Pentágono... ¡Todos! ¡Me he vengado de todos!

—Ha sido una venganza muy pobre, señora. Su marido cumplió

con su deber, y murió.

Usted ha hecho todo lo contrario. No ha debido culpar a nadie de su muerte. El no fue el único. Murieron muchos otros...

—¿Qué me importan... a mí los otros? Yo me quedé sin Dick, y juré vengarme, vengarlo. ¡Una carta y unos dólares a cambio del amor de mi vida...! ¡Puercos! ¡Mi Dick valía más que... que...!

Malcom Ashbery parecía a punto de echarse a llorar.

—Ellen querida —gimió—, has estado tan equivocada... Todos los soldados profesionales como Dick y como yo...

—No se moleste, general —interrumpió London—: ha muerto.

Clarence Hadaway y London se quedaron mirando al general, que dejó caer la cabeza sobre el pecho. Vieron el brillo de las lágrimas en sus ojos, y los dos se incorporaron, alejándose unos pasos.

—¿Qué haremos? —susurró London—. Esto va a ser una noticia terrible, señor. Cuando sepan en el Pentágono que la hermana del general ha estado facilitando inf... —No lo sabrán, Cliff.

—¿Cómo? Pero no podemos ocultar...

—Hay cosas que se pueden hacer y cosas que no se pueden hacer. Consultaré con el señor Hoover, pero estoy seguro de que estará de acuerdo con la solución que pienso dar al asunto.

—¿Qué solución?

—Diremos toda la verdad de los hechos generales, pero, pondremos como culpable a Robert Nelligan, tal como Ellen Ashbery quería. Nelligan disparó contra ti y contra Ellen, la mató a ella, y cuando llegamos yo y los demás, comprendiendo que no tenía escapatoria, se suicidó.

—Pero señor...

—No lo hago por Ellen, ni siquiera por el general. Lo hago por los que quedan, Cliff. Cuando ocurre una traición así, cunde la desmoralización. ¿Cómo decirles a todos que dentro de sus familias pueden tener un traidor?

—Demonios... Vistas así las cosas...

—Veo que te das cuenta. En cuanto al general, ya verás como no tendremos que preocuparnos más por él, ni por su ingenuidad que le ha hecho hablar más de lo debido.

—No comprendo.

—El propio general no esperará indicaciones de nadie. El mismo

presentará la renuncia a su cargo y al dinero que tiene, y que fue ganado con la traición de su hermana. Luego, buscará un empleo en otra actividad, o se dedicará a vivir de su paga, pescando y tomando el sol, meditando sobre lo sucedido. El estará también de acuerdo con mi plan, ya lo verás... Ahí viene.

Malcom Ashbery se colocó delante de los dos federales, y fijó su mirada en Hadaway.

—Voy a presentar mi dimisión mañana mismo —murmuró—. Todos mis bienes los entregaré para viudas y huérfanos de militares muertos en acción de guerra. Por lo demás, Hadaway, quedo a su entera disposición, para que me acusen de lo que crea oportuno.

—Tendremos algo que conversar usted y yo, general. Espero que se muestre de acuerdo conmigo, si bien todo dependerá, en definitiva, del señor Hoover, ya que todo el caso ha sido sostenido por el FBI. En principio, podemos...

—¡Cliff! —Se oyó afuera, de pronto—. ¡Clifford!

—Es Olivia Mitchell —dijo rápidamente London—. Tenía el radioteléfono del auto estropeado por Ellen Nelligan, y la envié a ella a decirle a usted que...

—Sí, sí, comprendo... Será mejor que vayas con ella, Cliff. Por el tono de su voz me parece que Fred debe estar en apuros para impedirle que entre a asegurarse de que estás bien. Que no entre. Y esperadme en el coche... Por cierto: ¿cómo está tu hombro?

—Bastante mal, señor. Debo tener algo roto, o, por lo menos, un derrame de ballena. Mañana lo tendré hinchado como un balón.

—Esperadme afuera, en el coche, que está en la avenida Ya lo conoces. Cuando termine de hablar con el general, iré a reunirme con vosotros y te llevaré al médico nuestro. Es todo Cliff.

—Sí, señor. Lo estaré esperando.

ESTE ES EL FINAL

Clarence Hadaway entró en el coche, colocándose ante el volante. Encendió un cigarrillo, y sólo entonces se volvió hacia el asiento donde vio a Cliff y a Olivia, que estaban muy juntos, mirándolo expectante.

—¿Cómo van vuestros problemas? —sonrió.

—Tenemos pocos, señor —aseguró Cliff—. Ella asegura que por mucho que yo me oponga, se va a casar conmigo. Ya veremos si lo consigue.

—Hum Yo diría que ésa es una trampa de la que no podrás escapar de ninguna manera, Cliff. Os deseo muchas felicidades.

—Aún no estamos casados —gruñó Cliff London.

—Lo estarás. No siempre se puede escapar de todos los peligros. ¿Y el hombro?

—Me duele cada vez más.

—Bien... Ha sido poca cosa, comparado con la bala que Ellen te tenía destinada. Ya verás cómo te restableces pronto, y entonces, ya no tendrás tiempo de volverte atrás.

—Atrás... ¿de qué?

—Mientras estés de baja, tu bonita compañera se pasará el tiempo contigo, te cuidará, te mimará... Cuando vayas a darte cuenta, ya habrás obtenido tú mismo la licencia matrimonial. Pero no te aflijas: eso es una enfermedad fácil de sobrellevar.

London refunfuñó algo, mientras Olivia miraba con simpatía al inspector especial del FBI.

—¿Qué ha dicho el general? —Gruñó London.

—Ha aceptado. De todos modos, el señor Hoover tiene la última palabra. Bien... Será mejor que partamos de aquí. El asunto está en muy buenas manos.

—Ha sido un caso bastante deprimente, ¿no crees? —murmuró el agente—. Parece como si esa mujer hubiese estado loca, o algo así. Lo que ha hecho no es... lógico, diría yo.

—Ése es tu punto de vista, Cliff —susurró el hombre del FBI—. Pero supongo que recuerdas lo que te dije: siempre hay que intentar conocer, ante todo qué es lo que hay en la mente de un espía.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] El autor se refiere aquí a Brigitte Montfort, alias *Baby*, protagonista absoluta de la serie Archivo Secreto, publicada por esta editorial. *Baby* es personaje favorito del autor, y en algunas de sus aventuras ha hecho aparecer a Clarence Hadaway, especialmente en la titulada *Subasta en Capri*. (Nota del Editor).

< <